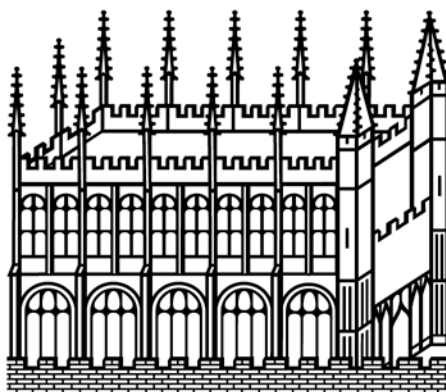




Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

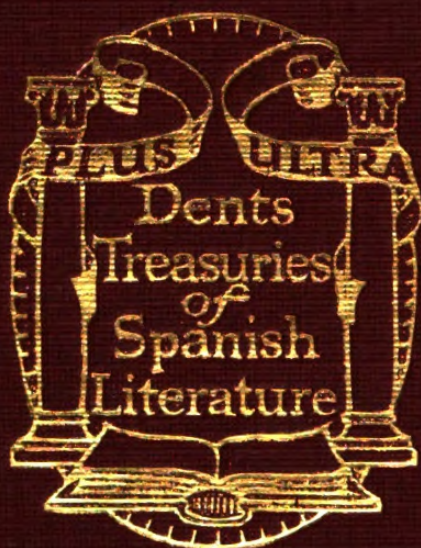
This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries
and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>

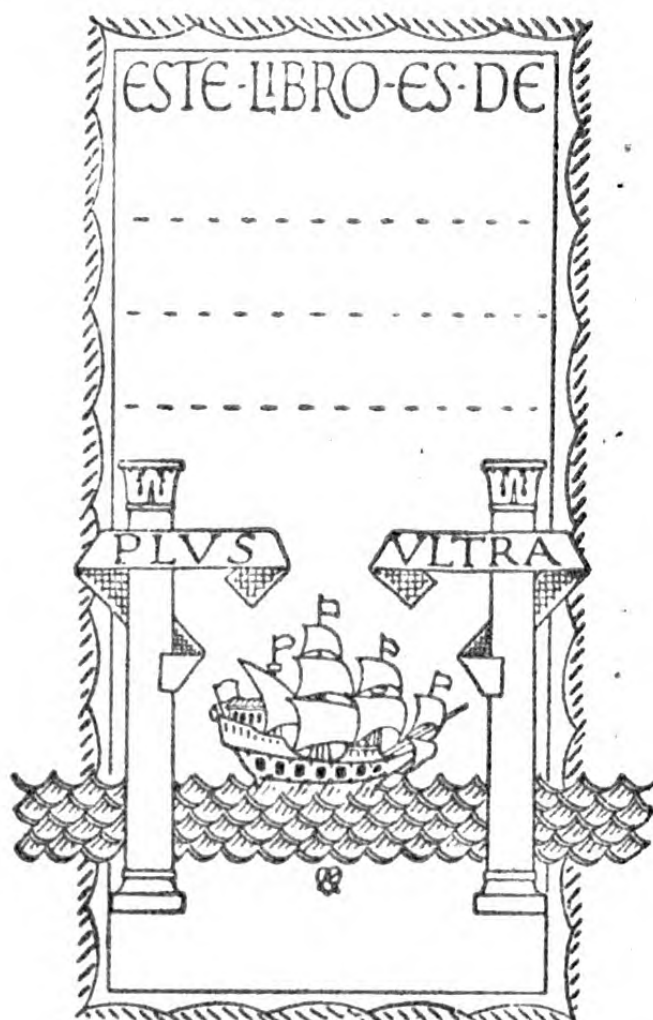


This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-
ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



24625

2. 30



1625

f. 30

*TREASURIES
OF SPANISH LITERATURE*

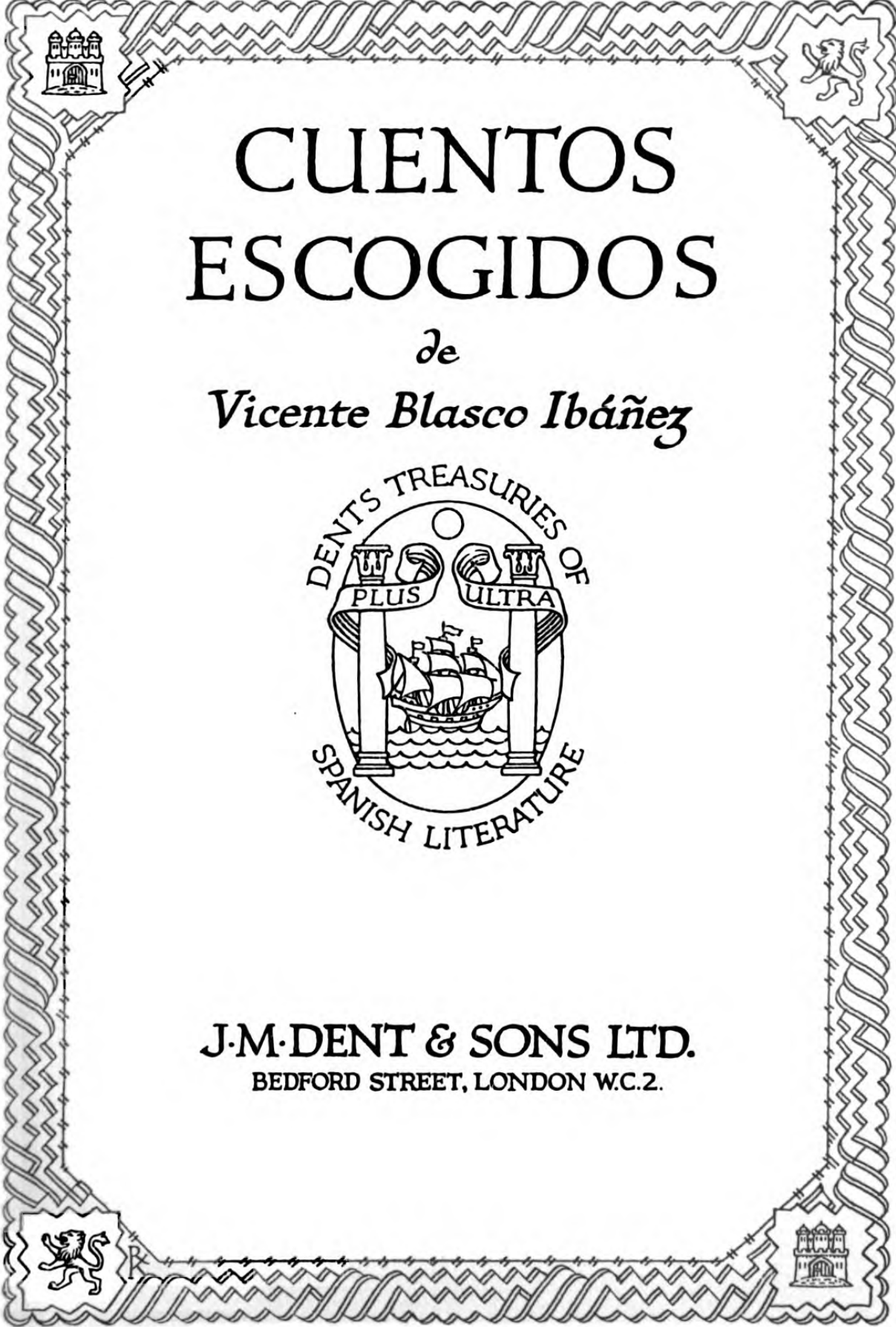


GENERAL EDITOR
WALTER RIPMAN, M.A.

BY THE SAME EDITOR

SPANISH LYRICS

2s. 3d.



CUENTOS ESCOGIDOS

de

Vicente Blasco Ibáñez



J.M. DENT & SONS LTD.

BEDFORD STREET, LONDON W.C.2.

ALL RIGHTS RESERVED

FIRST PUBLISHED 1932

*This edition has been prepared,
with Notes and Glossary, by*
J. BAYARD MORRIS



PRINTED IN GREAT BRITAIN



CONTENTS

	PAGE
EDITOR'S NOTE	vii
INTRODUCCIÓN	ix
I. EN EL MAR	I
II. GOLPE DOBLE	II
III. LA BARCA ABANDONADA	17
IV. EL OGRO	26
V. LOBOS DE MAR	33
VI. LA PARED	39
VII. ¡HOMBRE AL AGUA!	44
VIII. LA CONDENADA	50
GLOSARIO	57

EDITOR'S NOTE

THE stories appearing in this volume are all chosen from a book of collected tales, *La Condenada*, which appeared between 1891-1895. It is a pleasure to acknowledge my indebtedness both to the Señores Herederos of the late Don Vicente Blasco Ibáñez who have most generously permitted this selection to be made, and to the publishing house of PROMETEO in Valencia. Ibáñez's work and writings take on an added interest in that they have only come to their full fruition in 1931, four years after the death of their author. He himself died an exile, his ideal of a Spanish republic still unrealised.

All these tales spring from the soil. Their heroes are of the people, peasants or rough seafaring men from Valencia, with an inward sense of revolt which has been smouldering for centuries. They are written by an artist who was primarily a man of action. Ibáñez's vocabulary is large. I have added a glossary of all but the commonest words. I suggest that the reader, whether an advanced student or not, first read each tale through as a whole. One or two footnotes in Spanish have been added to assist this first reading. The glossary may then be profitably consulted when a second and exact study is made.

My thanks are due to Sr. Don Dámaso Alonso, Lecturer in Spanish in the University of Oxford, for help in reading the proofs of Introduction and Notes.

J. B. M.

BRYANSTON SCHOOL, 1932



INTRODUCCIÓN

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ nació en Valencia el 24 de Enero de 1867. Sus padres, Gaspar Blasco Teruel y Romana Ibáñez Martín, oriundos del bajo Aragón, fueron comerciantes en aquella ciudad. Su niñez fué tumultuosa: joven inteligente, desdeñó un poco los libros y sobre todo las matemáticas. Lo que le interesaba antes que nada era vivir. Fué a la universidad de Valencia, donde se hizo el terror de los bedeles.

Un día a los 17 años de edad desapareció de su casa. Se había marchado a Madrid. Allí consiguió el puesto de amanuense del genial escritor, Manuel Fernández y González. El viejo novelista decaía ya. Un día se calló, cansado de dictar, pero Ibáñez siguió escribiendo. Después de algunos minutos:

— ¿Qué es esto?

— Que *hemos* terminado un capítulo.

— A ver, a ver. No está *esto* mal.

Se juntó con otros jóvenes de tendencias revolucionarias, publicó un soneto en cierto diario radical y le metieron en la cárcel. Poco después volvió a Valencia. A los 19 años abandonó para siempre su carrera de abogado y en 1889 se fué a París donde vivió dos años la bohemia del barrio latino.

En 1891 retornó a su casa y se casó, dedicándose luego a la labor política. Fundó y dirigió *El Pueblo* de Valencia, periódico de índole revolucionaria. Se

opuso al embarque de tropas para Cuba durante la guerra de 1895 y hubo un levantamiento popular. Se proclamó el estado de guerra en Valencia y comenzó un proceso contra Ibáñez. Éste huyó a Italia.

Entre 1891-95 había escrito *La Condenada* (libro de cuentos de que se han sacado los de este tomo), *La Barraca*, *Flor de Mayo*, *Arroz y Tartana*. Todos tratan de la vida del pueblo valenciano, sus pescadores y sus campesinos, que pinta con acertado realismo. *Flor de Mayo* sobre todo, tiene descripciones magníficas de la gente del mar y su vida azarosa. Pero nadie concedió mucha importancia a estas primeras novelas. Al regresar de Italia, llevaba consigo Ibáñez el manuscrito de *En el País del Arte*, libro de viaje que tuvo un éxito bien merecido. Sin embargo, de vuelta en Valencia los procesos siguieron su curso y se encontró condenado a cuatro años de presidio. Pasó en efecto 14 meses en el viejo penal de Valencia, hasta que se conmutó la prisión en destierro, pero el pueblo valenciano anuló éste, al elegirle diputado.

Siguió una época ensangrentada de luchas políticas. No tardó Ibáñez en adquirir una reputación de bullicioso; jamás quiso callarse cuando se trataba de una cuestión de reforma. Terminó su vida política un duelo con el Teniente de Seguridad, Alestuei, en la quinta de Sabater en Madrid. Ibáñez que entendía poco de pistolas fué herido y a poco más pierde la vida. Al segundo tiro, dice un testigo, Blasco cayó. La bala había roto la hebilla de acero que llevaba en la faja. Se le llevó a un coche. Al regresar del campo hubo algunos silbidos.

“Y pensar,” dijo Ibáñez, “que yo creo haberme jugado la vida por la causa de esos que me silban tan irreflexivamente. Habrá que pensar en dejar estos áridos campos de la política para sembrar desde otros.”

Se expatrió voluntariamente y viajó por Europa. Visitó el Oriente, consistiendo todo su equipaje en una pequeña maleta, y el viaje proyectado para ocho días duró cuatro meses. En 1907 cuando volvió a fijar su residencia en Madrid había ya escrito *La Catedral*, *La Horda*, *La Maja Desnuda*. Poco después publicó *Sangre y Arena*, *Los Muertos Mandan* y *Luna Benamor*. Era ya famoso y popular.

Hizo su primera visita a la Argentina en 1909, y de 1910-13 permaneció allí como estanciero en su propia estancia la "nueva Valencia" ocupándose en empresas colonizadoras. Frutos de esta visita fueron *La Argentina y sus Grandezas* (1910) y *Los Argonautas* (1913) primera de una serie de novelas dedicadas a la epopeya de los conquistadores en Hispanoamérica.

Regresó para radicarse en París donde vivía cuando estalló la guerra mundial en 1914. Distinguióse como historiador contemporáneo de la lucha, visitó a los combatientes aliados, examinó trincheras, platicó con jefes y soldados. Escribió además durante aquellos años turbulentos *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis* (obra que se tradujo en casi todos los idiomas europeos), *Mare Nostrum* y *Los Enemigos de la Mujer*. En 1916 cuando ya su fama era reconocida por dos continentes el célebre autor visitó los Estados Unidos, donde entre otros triunfos recibió el título de doctor de la universidad de Washington. Durante Marzo y Abril de 1920 hizo una excursión a Méjico; a su vuelta fué recibida entusiásticamente en España, y después se retiró a su palacio de Fontana Rosa cerca de Mentón en la costa azul. Allí escribió sus últimas obras. Pero todavía no era tiempo de descansar. Empezó en otoño de 1923 la *Vuelta al Mundo de un Novelista* como intituló después su libro, pasando por la India y visitando Ceilán, la sagrada Benares, la Taj Majal, la ciudad

prohibida, la gran muralla, todo lo que contiene el mundo de maravilloso y de extraño, y pintándolo todo con una brillantez inagotable. “Luz, color, fuerza,” dice José Más, “he aquí tres cualidades que nunca faltan...”

El 28 de Enero de 1927 murió Ibáñez en Mentón. Le pareció que una sombra pasaba por la ventana abierta y los circunstantes oyeron que sus labios moribundos suspiraban el nombre de “Hugo.” En efecto, su vida tuvo afinidades con la del gran poeta francés.

“Ca hombre,” dijo Ibáñez en cierta ocasión, “Sí, yo no he sido nunca político. Yo he sido un agitador, un romántico, y esto último seguiré siéndolo siempre y de los mismos ideales.” Victor Hugo hubiera podido decir lo mismo. Ambos pasaron muchos años de su vida desterrados. Ambos son escritores de estatura europea.

Entre todos los novelistas españoles de este siglo Ibáñez es el único que ha logrado una reputación mundial. Tal vez la debió en parte a la influencia del cinematógrafo. Siete de sus novelas han sido llevadas a la pantalla entre las cuales figuran *Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis*, *Los Enemigos de la Mujer*, y *Mare Nostrum*.

“Si el cinema me interesa tanto es porque al revés de lo que piensan muchos no tiene nada que ver con el teatro. Así se explica el hecho de que las comedias filmadas aburran al público, cuando por el contrario las novelas cinematográficas le encantan... ¿Qué es una película? Una novela expresada con imágenes.” El método realístico de Ibáñez tiene algo de fotográfico, como de instantáneas, en las que siempre hubiera color y acción. “Lo que no veo en el primer momento,” dijo, “yo no lo veo después.”

Por fortuna su reputación tiene una base mucho mas sólida que tal popularidad cinematográfica, que en

todo caso ha de ser efímera. Escribió sus novelas con el corazón y así toca a los corazones de sus lectores. Conoció íntimamente la vida de los pobres y la sintió: en estos *Cuentos Escogidos* hace sentir también a los que leen. Por este motivo se ha dicho que Ibáñez no tuvo una verdadera conciencia de artista. Hasta cierto punto, no. Fué más bien un artista inconsciente; pero tuvo siempre el gran mérito del pintor: mirar bien el objeto que pinta. Por eso resulta que los lienzos de Ibáñez nunca pecan de vagos e inciertos. Todo se destaca bajo claros y fuertes colores. Es la fuerza física y espiritual lo que distingue la obra lo mismo que la vida del maestro.

“ Todo el que es fuerte verdaderamente es bueno,” dijo Ibáñez, “ . . . los débiles y los ruines son los que guardan un recuerdo siempre vivo de lo que han sufrido y acarician la esperanza de vengarse.”



EN EL MAR

A LAS dos de la mañana llamaron a la puerta de la barraca.

— ¡ Antonio ! ¡ Antonio !

Y Antonio saltó de la cama. Era su compadre, el compañero de pesca, que le avisaba para hacerse a la mar.

Había dormido poco aquella noche. A las once todavía charlaba con Rufina, su pobre mujer, que se revolvía inquieta en la cama hablando de los negocios. No podían marchar peor. ¡ Vaya un verano !¹ En el anterior, los atunes habían corrido el Mediterráneo en bandadas interminables. El día que menos, se mataban doscientas o trescientas arrobas ; el dinero circulaba como una bendición de Dios, y los que, como Antonio, guardaron buena conducta é hicieron sus ahorrillos, se emanciparon de la condición de simples marineros, comprándose una barca para pescar por cuenta propia.

El puertecillo estaba lleno. Una verdadera flota lo ocupaba todas las noches, sin espacio apenas para moverse ; pero con el aumento de barcas había venido la carencia de pesca.

Las redes sólo sacaban algas ó pez menudo ; morralla de la que se deshace en la sartén. Los atunes habían tomado este año otro camino, y nadie conseguía izar uno sobre su barca.

Rufina estaba aterrada por esta situación. No había

(1) ¡ Qué verano tan malo !

dinero en casa; debían en el horno y en la tienda, y el señor Tomás, un patrón retirado, dueño del pueblo por sus judiadas,¹ les amenazaba continuamente si no entregaban “algo” de los cincuenta duros con intereses que les había prestado para la terminación de aquella barca tan esbelta y tan velera que consumió todos sus ahorros.

Antonio, mientras se vestía, despertó a su hijo, un grumete de nueve años que le acompañaba en la pesca y hacía el trabajo de un hombre.

— A ver si hoy tenéis más fortuna — murmuró la mujer desde la cama —. En la cocina encontraréis el capazo de las provisiones . . . Ayer ya no querían fiarme en la tienda. ¡Ay, Señor, y qué oficio tan perro!

— Calla, mujer; malo está el mar, pero Dios proveerá. Justamente vieron ayer algunos un atún que va suelto; un “viejo” que se calcula pesa más de treinta arrobas. ¡Figúrate si lo cogiéramos! . . . Lo menos sesenta duros.

Y el pescador acabó de arreglarse pensando en aquel pescadote, un solitario que, separado de su manada, volvía, por la fuerza de la costumbre, a las mismas aguas que el año anterior.

Antoñico estaba ya de pie y listo para partir, con la gravedad y satisfacción del que se gana el pan a la edad en que otros juegan: al hombro el capazo de las provisiones y en una mano la banasta de los roveles, el pez favorito de los atunes, el mejor cebo para atraerlos.

Padre e hijo salieron de la barraca y siguieron la playa hasta llegar al muelle de los pescadores. El compadre los esperaba en la barca preparando la vela.

La flotilla removíase en la obscuridad, agitando su empalizada de mástiles. Corrían sobre ella las negras

(1) acción típica de un judío.

siluetas de los tripulantes, rasgaba el silencio el ruido de los palos cayendo sobre cubierta, el chirriar de las garruchas y las cuerdas, y las velas desplegábanse en la obscuridad como enormes sábanas.

El pueblo extendía hasta cerca del agua sus calles rectas orladas de casitas blancas, donde se albergaban por una temporada los veraneantes, todas aquellas familias venidas del interior en busca del mar. Cerca del muelle, un caserón mostraba sus ventanas como hornos encendidos, trazando regueros de luz sobre las inquietas aguas.

Era el Casino. Antonio lanzó hacia él una mirada de odio. ¡Cómo trasnochaban aquellas gentes! Estarían jugándose el dinero . . . ¡Si tuvieran que madrugar para ganarse el pan!

— ¡Iza, iza, que van muchos delante!

El compadre y Antoñico tiraron de las cuerdas, y lentamente se remontó la vela latina,¹ estremeciéndose al ser curvada por el viento.

La barca se arrastró primero mansamente sobre la tranquila superficie de la bahía; después ondularon las aguas y comenzó a cabecear: estaban fuera de puntas, en el mar libre.

Al frente, el obscuro infinito, en el que parpadeaban las estrellas, y por todos lados, sobre la mar negra, barcas y más barcas que se alejaban como puntiagudos fantasmas resbalando sobre las olas.

El compadre miraba el horizonte.

— Antonio, cambia el viento.

— Ya lo noto.

— Tendremos mar gruesa.

— Lo sé: pero ¡adentro! Alejémonos de todos estos que barren el mar.

(1) de forma triangular como se emplean con mucha frecuencia en el mar Mediterráneo.

Y la barca, en vez de ir tras las otras, que seguían la costa, continuó con la proa mar adentro.

Amaneció. El sol, rojo y recortado cual enorme oblea, trazaba sobre el mar un triángulo de fuego y las aguas hervían como si reflejasen un incendio.

Antonio empuñaba el timón, el compañero estaba junto al mástil, y el chicuelo en la proa explorando el mar. De la popa y las bordas pendían cabelleras de hilos que arrastraban sus cebos dentro del agua. De vez en cuando, tirón y arriba un pez, que se revolvía y brillaba como estaño animado. Pero eran piezas menudas . . . nada.

Y así pasaron las horas : la barca siempre adelante, tan pronto acostada sobre las olas como saltando, hasta enseñar su panza roja. Hacía calor, y Antoñico escurríase por la escotilla para beber del tonel de agua metido en la estrecha cala.

A las diez habían perdido de vista la tierra ; únicamente se veían por la parte de popa las velas lejanas de otras barcas, como aletas de peces blancos.

— ¡ Pero Antonio ! — exclamó el compadre —, ¿ es que vamos a Orán ? Cuando la pesca no quiere presentarse, lo mismo da aquí que más adentro.

Viró Antonio, y la barca comenzó á correr bordadas, pero sin dirigirse a tierra.

— Ahora — dijo alegremente — tomemos un bocado . . . Compadre, trae el capazo. Ya se presentará la pesca cuando ella quiera.

Para cada uno un enorme mendrugo¹ y una cebolla cruda, machacada a puñetazos sobre la borda.

El viento soplaba fuerte y la barca cabeceaba rudamente sobre las olas de larga y profunda ondulación.

— ¡ *Pae* !² — gritó Antoñico desde la proa — ¡ un pez grande, *mu*³ grande ! . . . ¡ Un atún !

(1) pedazo de pan. (2) ¡ Padre ! (3) muy.

Rodaron por la popa las cebollas y el pan, y los dos hombres asomáronse a la borda.

Sí, era un atún ; pero enorme, ventrudo, poderoso, arrastrando casi a flor de agua su negro lomo de terciopelo ; el solitario tal vez de que tanto hablaban los pescadores. Flotaba poderosamente ; pero con una ligera contracción de su fuerte cola, pasaba de un lado a otro de la barca, y tan pronto se perdía de vista como reaparecía instantáneamente.

Antonio enrojeció de emoción, y apresuradamente echó al mar el aparejo con un anzuelo grueso como un dedo.

Las aguas se enturbiaron y la barca se conmovió, como si alguien con fuerza colosal tirase de ella deteniéndola en su marcha e intentando hacerla zozobrar. La cubierta se bamboleaba como si huyese bajo los pies de los tripulantes, y el mástil crujía a impulsos de la hinchada vela. Pero de pronto el obstáculo cedió, y la barca, dando un salto, volvió a emprender su marcha.

El aparejo, antes rígido y tirante, pendía flojo y desmayado. Tiraron de él y salió a la superficie el anzuelo, pero roto, partido por la mitad, a pesar de su tamaño.

El compadre meneó tristemente la cabeza.

— Antonio, ese animal puede más que nosotros. Que se vaya, y demos gracias porque ha roto el anzuelo. Por poco más vamos al fondo.

— ¿ Dejarlo ? — gritó el patrón —. ¡ Un demonio ! ¿ Sabes cuánto vale esa pieza ? No está el tiempo para escrúpulos ni miedos. ¡ A él ! ¡ a él !

Y haciendo virar la barca, volvió a las mismas aguas donde se había verificado el encuentro.

Puso un anzuelo nuevo, un enorme gancho, en el que ensartó varios roveles, y sin soltar el timón agarró un agudo bichero. ¡ Flojo golpe iba a soltarle a aquella bestia estúpida y fornida como se pusiera a su alcance !

El aparejo pendía en la popa casi recto. La barca volvió á estremecerse, pero esta vez de un modo terrible. El atún estaba bien agarrado y tiraba del sólido gancho, deteniendo la barca, haciéndola danzar locamente sobre las olas.

El agua parecía hervir ; subían a la superficie espumas y burbujas en turbio remolino, cual si en la profundidad se desarrollase una lucha de gigantes, y de pronto la barca, como agarrada por oculta mano, se acostó, invadiendo el agua hasta la mitad de la cubierta.

Aquel tirón derribó a los tripulantes. Antonio, soltando el timón, se vió casi en las olas ; pero sonó un crujido y la barca recobró su posición normal. Se había roto el aparejo, y en el mismo instante apareció el atún junto a la borda, casi a flor de agua, levantando enormes espumarajos con su cola poderosa. ¡ Ah, ladrón ! ¡ Por fin se ponía a tiro ! Y rabiosamente, como si se tratara de un enemigo implacable, Antonio le tiró varios golpes con el bichero, hundiendo el hierro en aquella piel viscosa. Las aguas se tiñeron de sangre y el animal se hundió en un rojo remolino.

Antonio respiró al fin. De buena¹ se habían librado : todo duró algunos segundos ; pero un poco más, y se hubieran ido al fondo.

Miró la mojada cubierta y vió al compadre al pie del mástil, agarrado a él, pálido, pero con inalterable tranquilidad.

— Creí que nos ahogábamos, Antonio. ¡ Hasta he tragado agua ! ¡ Maldito animal ! Pero buenos golpes le has atizado. Ya verás como no tarda en salir a flote.

— ¿ Y el chico ?

Esto lo preguntó el padre con inquietud, con zozobra, como si temiera la respuesta.

No estaba sobre cubierta. Antonio se deslizó por la

(1) ¡ De gran desgracia se habían librado !

escotilla, esperando encontrarlo en la cala. Se hundió en agua hasta la rodilla: el mar la había inundado. ¿Pero quién pensaba en esto? Buscó a tientas en el reducido y oscuro espacio, sin encontrar más que el tonel de agua y los aparejos de repuesto. Volvió a cubierta como un loco.

— ¡ El chico ! ¡ el chico ! . . . ¡ Mi Antoñico !

El compadre torció el gesto tristemente. ¿ No estuvieron ellos próximos a ir al agua ? Atolondrado por algún golpe, se habría ido al fondo como una bala. Pero el compañero, aunque pensó todo esto, nada dijo.

Lejos, en el sitio donde la barca había estado próxima a zozobrar, flotaba un objeto negro sobre las aguas.

— ¡ Allá está !

Y el padre se arrojó al agua nadando vigorosamente, mientras el compañero amainaba la vela.

Nadó y nadó, pero sus fuerzas casi le abandonaron al convencerse de que el objeto era un remo, un despojo de su barca.

Cuando las olas le levantaban, sacaba el cuerpo fuera para ver más lejos. Agua por todas partes. Sobre el mar sólo estaban él, la barca que se aproximaba y una curva negra que acababa de surgir y que se contraía espantosamente sobre una gran mancha de sangre.

El atún había muerto . . . ¡ Valiente cosa le importaba ! ¡ La vida de su hijo único, de su Antoñico, a cambio de la de aquella bestia ! ¡ Dios ! ¿ Era esto manera de ganarse el pan ?

Nadó más de una hora, creyendo a cada rozamiento que el cuerpo de su hijo iba a surgir bajo sus piernas, imaginándose que las sombras de las olas eran el cadáver del niño que flotaba entre dos aguas.

Allí se hubiera quedado, allí habría muerto con su hijo. El compadre tuvo que pescarlo y meterlo en la barca como un niño rebelde.

— ¿Qué hacemos, Antonio ?

El no contestó.

— No hay que tomarlo así, hombre. Son cosas de la vida. El chico ha muerto donde murieron todos nuestros parientes, donde moriremos nosotros. Todo es cuestión de más pronto o más tarde . . . Pero ahora, a lo que estamos ; a pensar que somos unos pobres.

Y preparando dos nudos corredizos apresó el cuerpo del atún y lo llevó a remolque de la barca, tiñendo con sangre las espumas de la estela.

El viento los favorecía ; pero la barca estaba inundada, navegaba mal, y los dos hombres, marineros ante todo, olvidaron la catástrofe, y con los achicadores en la mano encorvábanse dentro de la cala, arrojando paletadas de agua al mar.

Así pasaron las horas. Aquella ruda faena embrutecía a Antonio, le impedía pensar ; pero de sus ojos rodaban lágrimas y más lágrimas, que, mezclándose con el agua de la cala, caían en el mar sobre la tumba del hijo.

La barca navegaba con creciente rapidez, sintiendo que se vaciaban sus entrañas.

El puertecillo estaba a la vista, con sus masas de blancas casitas doradas por el sol de la tarde.

La vista de tierra despertó en Antonio el dolor y el espanto adormecidos.

— ¿Qué dirá mi mujer ? ¿Qué dirá mi Rufina ? — gemía el infeliz.

Y temblaba como todos los hombres enérgicos y audaces, que en el hogar son esclavos de la familia.

Sobre el mar deslizábase como una caricia el ritmo de alegres vales. El viento de tierra saludaba a la barca con melodías vivas y alegres. Era la música que tocaba en el paseo, frente al Casino. Por debajo de las achatadas palmeras desfilaban, como las cuentas

de un rosario de colores, las sombrillas de seda, los sombreritos de paja, los trajes claros y vistosos de toda la gente de veraneo.

Los niños, vestidos de blanco y rosa, saltaban y corrían tras sus juguetes, o formaban alegres corros girando como ruedas de colores.

En el muelle se agolpaban los del oficio¹: su vista, acostumbrada a las inmensidades del mar, había reconocido lo que remolcaba la barca. Pero Antonio sólo miraba, al extremo de la escollera, a una mujer alta, escueta y negruzca, erguida sobre un peñasco, y cuyas faldas arremolinaba el viento.

Llegaron al muelle. ¡Qué ovación! Todos querían ver de cerca el enorme animal. Los pescadores, desde sus botes, lanzaban envidiosas miradas; los pilletes, desnudos, de color de ladrillo, echábanse al agua para tocarle la enorme cola.

Rufina se abrió paso entre la gente, llegando hasta su marido, que con la cabeza baja y una expresión estúpida oía las felicitaciones de los amigos.

— ¿Y el chico? ¿Dónde está el chico?

El pobre hombre aún bajó más su cabeza. La hundió entre los hombros, como si quisiera hacerla desaparecer, para no oír, para no ver nada.

— Pero ¿dónde está Antoñico?

Y Rufina, con los ojos ardientes, como si fuera á devorar a su marido, le agarraba de la pechera, zaran-deando rudamente á aquel hombrón. Pero no tardó en soltarle, y levantando los brazos prorrumpió en espantoso alarido.

— ¡Ay, Señor! . . . ¡Ha muerto! ¡Mi Antoñico se ha ahogado! ¡Está en el mar!

— Sí, mujer — dijo el marido lentamente con torpeza, balbuceando y como si le ahogaran las lágrimas —.

(1) los pescadores.

Somos muy desgraciados. El chico ha muerto ; está donde su abuelo ; donde estaré yo cualquier día. Del mar comemos y el mar ha de tragarnos . . . ¡ Qué remedio ! No todos nacen para obispos.

Pero su mujer no le oía. Estaba en el suelo, agitada por una crisis nerviosa, y se revolcaba pataleando, mostrando sus flacas y tostadas desnudeces de animal de trabajo, mientras se tiraba de las greñas, arañándose el rostro.

— ¡ Mi hijo ! . . . ¡ Mi Antoñico ! . . .

Las vecinas del barrio de los pescadores acudieron a ella. Bien sabían lo que era aquello : casi todas habían pasado por trances iguales. La levantaron, sosteniéndola con sus poderosos brazos, y emprendieron la marcha hacia su casa.

Unos pescadores dieron un vaso de vino a Antonio, qua no cesaba de llorar. Y mientras tanto, el compadre, dominado por el egoísmo brutal de la vida, regateaba bravamente con los compradores de pescado que querían adquirir la hermosa pieza.

Terminaba la tarde. Las aguas, ondeando suavemente, tomaban reflejos de oro.

A intervalos sonaba cada vez más lejos el grito desesperado de aquella pobre mujer, desgredada y loca, que las amigas empujaban a casa.

— ¡ Antoñico ! ¡ Hijo mío !

Y bajo las palmeras seguían desfilando los vistosos trajes, los rostros felices y sonrientes, todo un mundo que no había sentido pasar la desgracia junto a él, que no había lanzado una mirada sobre el drama de la miseria ; y el vals elegante, rítmico y voluptuoso, himno de la alegre locura, deslizábase armonioso sobre las aguas, acariciando con su soplo la eterna hermosura del mar.

GOLPE DOBLE

AL abrir la puerta de su barraca, encontró Sènto¹ un papel en el ojo de la cerradura . . .

Era un anónimo destilando amenazas. Le pedían cuarenta duros y debía dejarlos aquella noche en el horno que tenía frente a su barraca.

Toda la huerta² estaba aterrada por aquellos bandidos. Si alguien se negaba a obedecer tales demandas, sus campos aparecían talados, las cosechas perdidas, y hasta podía despertar a media noche sin tiempo apenas para huir de la techumbre de paja que se venía abajo entre llamas y asfixiando con su humo nauseabundo.

Gafarró, que era el mozo mejor plantado³ de la huerta de Ruzafa, juró descubrirlos, y se pasaba las noches emboscado en los cañares, rondando por las sendas con la escopeta al brazo ; pero una mañana lo encontraron en una acequia con el vientre acribillado y la cabeza deshecha . . . y adivina quién te dió.⁴

Hasta los papeles de Valencia hablaban de lo que sucedía en la huerta, donde al anochecer se cerraban las barracas y reinaba un pánico egoísta, buscando cada cual su salvación, olvidando al vecino. Y a todo esto, el tío Batiste, alcalde de aquel distrito de la huerta, echando rayos por la boca cada vez que las autoridades,

(1) Este acento tiene casi la misma fuerza en valenciano como en francés. (2) las tierras de regadío cerca de Valencia. (3) más fuerte, valiente y arrogante. (4) Como si el asesino hablase a su víctima.

que le respetaban como potencia electoral, hablábanle del asunto, y asegurando que él y su fiel alguacil, el *Sigró*, se bastaban para acabar con aquella calamidad.

A pesar de esto, Sènto no pensaba acudir al alcalde. ¿Para qué? No quería oír en balde baladronadas y mentiras.

Lo cierto era que le pedían cuarenta duros, y si no los dejaba en el horno le quemarían su barraca, aquella barraca que miraba ya como un hijo próximo a perderse, con sus paredes de deslumbrante blancura, la montera de negra paja con crucecitas en los extremos, las ventanas azules, la parra sobre la puerta como verde celosía, por la que se filtraba el sol con palpitaciones de oro vivo; los macizos de geranios y dompedros orlando la vivienda, contenidos por una cerca de cañas; y más allá de la vieja higuera, el horno, de barro y ladrillos, redondo y achatado como un hormiguero de África. Aquello era toda su fortuna, el nido que cobijaba a lo más amado: su mujer, los tres chiquillos, el par de viejos rocines, fieles compañeros en la diaria batalla por el pan, y la vaca blanca y sonrosada que iba todas las mañanas por las calles de la ciudad despertando a la gente con su triste cencerreo y dejándose sacar unos seis reales¹ de sus ubres siempre hinchadas.

¡Cuánto había tenido que arañar los cuatro terrones que desde su bisabuelo venía regando toda la familia con sudor y sangre, para juntar el puñado de duros² que en un puchero guardaba enterrados bajo de la cama! ¡En seguida se dejaba arrancar cuarenta duros!... Él era un hombre pacífico; toda la huerta podía responder por él. Ni riñas por el riego, ni visitas a la taberna, ni escopeta para echarla de majo.³ Trabajar mucho para su Pepeta y los tres mocosos era

(1) moneda que vale 25 céntimos de peseta. (2) moneda de plata que vale 5 pesetas. (3) para alardear de valiente.

su única afición ; pero ya que querían robarle, sabría defenderse. ¡ Cristo ! En su calma de hombre bonachón despertaba la furia de los mercaderes árabes, que se dejan apalear por el beduino, pero se tornan leones cuando les tocan su hacienda.

Como se aproximaba la noche y nada tenía resuelto, fué a pedir consejo al viejo de la barraca inmediata, un carcamal que sólo servía para segar brozas en las sendas, pero de quien se decía que en la juventud había puesto más de dos a pudrir tierra.

Le escuchó el viejo con los ojos fijos en el grueso cigarro que liaban sus manos temblorosas cubiertas de caspa. Hacía bien en no querer soltar el dinero. Que robasen en la carretera como los hombres, cara a cara, exponiendo la piel. Setenta años tenía, pero podían irle con tales cartitas.¹ Vamos á ver : ¿ tenía agallas para defender lo suyo ?

La firme tranquilidad del viejo contagiaba a Sènto, que se sentía capaz de todo para defender el pan de sus hijos.

El viejo, con tanta solemnidad como si fuese una reliquia, sacó de detrás de la puerta la joya de la casa : una escopeta de pistón que parecía un trabuco, y cuya culata apolillada acarició devotamente.

La cargaría él, que entendía mejor a aquel amigo. Las temblorosas manos se rejuvenecían. ¡ Allá va pólvora ! Todo un puñado. De una cuerda de esparto sacaba los tacos. Ahora una ración de postas,² cinco ó seis ; a granel los perdigones zorreros,² metralla ² fina, y al final un taco bien golpeado. Si la escopeta no reventaba con aquella indigestión de muerte, sería misericordia de Dios.

Aquella noche dijo Sènto a su mujer que esperaba

(1) a pesar de sus setenta años no se asustaría por tales cartitas. (2) diversas especies de balas.

turno para regar, y toda la familia le creyó, acostándose temprano.

Cuando salió, dejando bien cerrada la barraca, vió a la luz de las estrellas, bajo la higuera, al fuerte vejete ocupado en ponerle el pistón al "amigo." ¹

Le daría a Sènto la última lección, para que no errase el golpe. Apuntar bien a la boca del horno y tener calma. Cuando se inclinasen buscando el "gato" ² en el interior... ¡fuego! Era tan sencillo, que podía hacerlo un chico.

Sènto, por consejo del maestro, se tendió entre dos macizos de geranios a la sombra de la barraca. La pesada escopeta descansaba en la cerca de cañas apuntando fijamente a la boca del horno. No podía perderse el tiro. Serenidad, y darle al gatillo a tiempo. ¡Adiós, muchacho! A él le gustaban mucho aquellas cosas; pero tenía nietos, y además estos asuntos los arregla mejor uno solo.

Se alejó el viejo cautelosamente, como hombre acostumbrado a rondar la huerta, esperando un enemigo en cada senda.

Sènto creyó que quedaba solo en el mundo, que en toda la inmensa vega, estremecida por la brisa, no había más seres vivientes que él y "aquellos" que iban a llegar. ¡Ojalá no viniesen! Sonaba el cañón de la escopeta al temblar sobre la horquilla de cañas. No era frío, era miedo. ¿Qué diría el viejo si estuviera allí? Sus piés tocaban la barraca, y al pensar que tras aquella pared de barro dormían Pepeta y los chiquitines, sin otra defensa que sus brazos, y en los que querían robar, el pobre hombre se sintió otra vez fiero.

Vibró el espacio, como si lejos, muy lejos, hablase desde lo alto la voz de un chantre. Era la campana del

(1) la escopeta. (2) el tesoro o botín.

Miguelete.¹ Las nueve. Oíase el chirrido de un carro rodando por un camino lejano. Ladraban los perros, transmitiendo su fiebre de aullidos de corral en corral, y el *rac-rac* de las ranas en la vecina acequia interrumpíase con los chapuzones de los sapos y las ratas que saltaban de las orillas por entre las cañas.

Sènto contaba las horas que iban sonando en el Miguelete. Era lo único que le hacía salir de la somnolencia y el entorpecimiento en que le sumía la inmovilidad de la espera. ¡ Las once ! ¿ No vendrían ya ? ¿ Les habría tocado Dios en el corazón ?

Las ranas callaron repentinamente. Por la senda avanzaban dos cosas oscuras que a Sènto le parecieron dos perros enormes. Se irguieron : eran hombres que avanzaban encorvados, casi de rodillas.

— Ya están ahí — murmuró ; y sus mandíbulas temblaban.

Los dos hombres volvíanse a todos lados, como temiendo una sorpresa. Fueron al cañar, registrándolo ; acercáronse después a la puerta de la barraca, pegando el oído a la cerradura, y en estas maniobras pasaron dos veces por cerca de Sènto, sin que éste pudiera conocerlos. Iban embozados en mantas, por bajo de las cuales asomaban las escopetas.

Esto aumentó el valor de Sènto. Serían los mismos que asesinaron a *Gafarró*. Había que matar para salvar la vida.

Ya iban hacia el horno. Uno de ellos se inclinó, metiendo las manos en la boca y colocándose ante la apuntada escopeta. Magnífico tiro. Pero ¿ y el otro que quedaba libre ?

El pobre Sènto comenzó a sentir las angustias del miedo, a sentir en la frente un sudor frío. Matando a

(1) campanario octágono cerca de la catedral y de 150 pies de altura.

uno, quedaba desarmado ante el otro. Si les dejaba ir sin encontrar nada, se vengarían quemándole la barraca.

Pero el que estaba en acecho se cansó de la torpeza de su compañero y fué a ayudarle en la busca. Los dos formaban una oscura masa obstruyendo la boca del horno. Aquélla era la ocasión. ¡Alma, Sènto! ¡Aprieta el gatillo!

El trueno conmovió toda la huerta, despertando una tempestad de gritos y ladridos. Sènto vió un abanico de chispas; sintió quemaduras en la cara; la escopeta se le fué, y agitó las manos para convencerse de que estaban enteras. De seguro que el "amigo" había reventado.

No vió nada en el horno; habrían huído; y cuando él iba a escapar también, se abrió la puerta de la barraca y salió Pepeta, en enaguas, con un candil. La había despertado el trabucazo y salía impulsada por el miedo, temiendo por su marido que estaba fuera de casa.

La roja luz del candil, con sus azorados movimientos, llegó hasta la boca del horno.

Allí estaban dos hombres en el suelo, uno sobre otro, cruzados, confundidos, formando un solo cuerpo, como si un clavo invisible los uniese por la cintura, soldándolos con sangre.

No había errado el tiro. El golpe de la vieja escopeta había sido doble.

Y cuando Sènto y Pepeta, con aterrada curiosidad, alumbraron los cadáveres para verles las caras, retrocedieron con exclamaciones de asombro.

Eran el tío Batiste, el alcalde, y su alguacil, el *Sigró*. La huerta quedaba sin autoridad, pero tranquila.

LA BARCA ABANDONADA

ERA la playa de Torresalinas, con sus numerosas barcas en seco, el lugar de reunión de toda la gente marinera. Los chiquillos, tendidos sobre el vientre, jugaban a la *carteta*¹ a la sombra de las embarcaciones, y los viejos, fumando sus pipas de barro traídas de Argel, hablaban de la pesca o de las magníficas expediciones que se hacían en otros tiempos a Gibraltar y a la costa de África, antes que al demonio se le ocurriera inventar eso que llaman la Tabacalera.

Los botes ligeros, con sus vientres blancos y azules y el mástil graciosamente inclinado, formaban una fila avanzada al borde de la playa, donde se deshacían las olas y una delgada lámina de agua bruñía el suelo cual si fuese de cristal; detrás, con la embetunada panza sobre la arena, estaban las negras barcas del *bòn*,² las parejas que aguardaban el invierno para lanzarse al mar, barriéndolo con su cola de redes; y en último término, los laúdes en reparación, los abuelos, junto a los cuales agitábanse los calafates, embadurnándoles los flancos con caliente alquitrán, para que otra vez volviesen a emprender sus penosas y monótonas navegaciones por el Mediterráneo: unas veces a las Baleares con sal, otras a la costa de Argel con frutas de la huerta levantina, y muchas con melones y patatas para los soldados rojos de Gibraltar.

(1) juego de naipes. (2) pesca en que dos barcos apartados tiran de una red, arrastrándola por el fondo.

En el curso de un año, la playa cambiaba de vecinos ; los laúdes, ya reparados, se hacían al mar y las embarcaciones de pesca eran armadas y lanzadas al agua ; sólo una barca abandonada y sin arboladura permanecía enclavada en la arena, triste, solitaria, sin otra compañía que la del carabinero que se sentaba a su sombra.

El sol había derretido su pintura ; las tablas se agrietaban y crujían con la sequedad, y la arena, arrastrada por el viento, había invadido su cubierta. Pero su perfil fino, sus flancos recogidos y la gallardía de su construcción delataban una embarcación ligera y audaz, hecha para locas carreras, con desprecio a los peligros del mar. Tenía la triste belleza de esos caballos viejos que fueron briosos corceles y caen abandonados y débiles sobre la arena de la plaza de toros.

Hasta de nombre carecía. La popa estaba lisa, y en los costados ni una señal del número de filiación¹ y nombre de la matrícula² un ser desconocido que se moría entre aquellas otras barcas, orgullosas de sus pomposos nombres, como mueren en el mundo algunos, sin desgarrar el misterio de su vida.

Pero el incógnito de la barca sólo era aparente. Todos la conocían en Torresalinas, y no hablaban de ella sin sonreír y guiñar un ojo, como si les recordase algo que excitaba malicioso regocijo.

Una mañana, a la sombra de la barca abandonada, cuando el mar hervía bajo el sol y parecía un cielo de noche de verano, azul y espolvoreado de puntos de luz, un viejo pescador me contó la historia.

— Este falucho³ — dijo acariciándole con una pal-

(1) registro de buques. (2) registro que se lleva en las oficinas de las comandancias de marina, en el cual constan los dueños, clases, portes, etc., de las embarcaciones mercantes adscritas a cada una de ellas. (3) especie de barco mediterráneo que lleva una vela latina.

mada el vientre seco y arenoso — es el *Socarrao*,¹ el barco más valiente y más conocido de cuantos se hacen al mar desde Alicante a Cartagena. ¡ Virgen Santísima ! ¡ El dinero que lleva ganado este “ condenao ” ! ² ¡ Los duros que han salido de ahí dentro ! Lo menos lleva hechos veinte viajes desde Orán a estas costas, y siempre con la panza bien repleta de fardos.

El bizarro y extraño nombre de *Socarrao* me admiraba algo, y de ello se apercibió el pescador.

— Son motes, caballero ; apodos que aquí tenemos, lo mismo los hombres que las barcas. Es inútil que el cura gaste sus latines con nosotros ; aquí quien bautiza de veras es la gente. A mí me llaman Felipe ; pero si algún día me busca usted, pregunte por *Castelar*,³ pues así me conocen, porque me gusta hablar con las personas y en la taberna soy el único que puede leer el periódico a los compañeros. Ese muchacho que pasa con el cesto de pescado es *Chispas*,⁴ a su patrón le llaman el *Cano*,⁵ y así estamos bautizados todos. Los amos de las barcas se calientan el caletre buscando un nombre bonito para pintarlo en la popa. Una, la *Purísima Concepción* ; otra, *Rosa del Mar* ; aquella, los *Dos Amigos* ; pero llega la gente con su manía de sacar motes, y se llaman la *Pava*, el *Lorito*, la *Medio Rollo*, y gracias que no las distinguan con nombres menos decentes. Un hermano mío tiene la barca más hermosa de toda la matrícula ; la bautizamos con el nombre de mi hija : *Camila* ; pero la pintamos de amarillo y blanco, y el día del bautizo se le ocurrió decir á un pillo de la playa que parecía un huevo frito. ¿ Querrá usted creerlo ? Sólo con este apodo la conocen.

— Bien — le interrumpí — ; pero ¿ y el *Socarrao* ?

(1) socarrado, requemado, de mal genio. (2) condenado.
(3) porque sabe hablar bien, como el famoso orador Castelar.
(4) Sparks. (5) Greybeard.

— Su verdadero nombre era el *Resuelto*, pero por la prontitud con que maniobraba y la furia con que acometía los golpes de mar, dieron en llamarle el *Socarrao*, como a una persona de mal genio . . . Y ahora vamos a lo que le ocurrió a este pobre *Socarraico* hace poco más de un año, la última vez que vino de Orán.

Miró el viejo a todos lados, y convencido de que estábamos solos, dijo con sonrisa bonachona :

— Yo iba en él, ¿ sabe usted ? Esto no lo ignora nadie en el pueblo ; pero si yo se lo digo, es porque estamos solos y usted no irá después a hacerme daño. ¡ Qué demonio ! Haber ido en el *Socarrao* no es ninguna deshonra. Todo eso de aduanas y carabineros y barquillas de la Tabacalera no lo ha creado Dios : lo inventó el gobierno para hacernos daño a los pobres, y el contrabando no es pecado, sino un medio muy honroso de ganarse el pan exponiendo la piel en el mar y la libertad en tierra. Oficio de hombres enteros y valientes como Dios manda.

Yo he conocido los buenos tiempos. Cada mes se hacían dos viajes, y el dinero rodaba por el pueblo que era un gusto. Había para todos : para los de uniforme,¹ pobrecitos que no saben cómo mantener su familia con dos pesetas,² y para nosotros la gente de mar.

Pero el negocio se puso cada vez peor, y el *Socarrao* hacía sus viajes de tarde en tarde, con mucho cuidado, pues le constaba al patrón que nos tenían entre ojos y deseaban meternos mano.

En la última correría íbamos ocho hombres a bordo. En la madrugada habíamos salido de Orán, y a mediodía, estando a la altura de Cartagena, vimos en el horizonte una nubecilla negra, y al poco rato un vapor que todos

(1) carabineros. (2) la peseta valía un poco menos de un chelín inglés.

conocimos. Mejor hubiéramos visto asomar una tormenta. Era el cañonero de Alicante.

Soplaba buen viento. Íbamos en popa, con toda la gran vela de frente y el foque tendido. Pero con estas invenciones de los hombres, la vela ya no es nada, y el buen marinero aún vale menos.

No es que nos alcanzaban, no señor. ¡ Bueno es el *Socarrao* para dejarse atrapar teniendo viento ! Navegábamos como un delfín, con el casco inclinado y las olas lamiendo la cubierta ; pero en el cañonero apretaban las máquinas, y cada vez veíamos más grande el barco, aunque no por esto perdíamos mucha distancia. ¡ Ah ! ¡ si hubiéramos estado a media tarde ! Habría cerrado la noche antes que nos alcanzara, y cualquiera nos encuentra en la obscuridad. Pero aún quedaba mucho día, y corriendo a lo largo de la costa era indudable que nos pillarían antes del anochecer.

El patrón manejaba la barra con el cuidado de quien tiene toda su fortuna pendiente de una mala virada. Una nubecilla blanca se desprendió del vapor y oímos el estampido de un cañonazo.

Como no vimos la bala, comenzamos a reir, satisfechos y hasta orgullosos de que nos avisasen tan ruidosamente.

Otro cañonazo ; pero esta vez con malicia. Nos pareció que un gran pájaro pasaba silbando sobre la barca, y la antena se vino abajo con el cordaje roto y la vela desgarrada. Nos habían desarbolado, y al caer el aparejo le rompió una pierna a uno de la tripulación.

Confieso que temblamos un poco. Nos veíamos cogidos, y ¡ qué demonio ! ir á la cárcel como un ladrón por ganar el pan de la familia es algo más temible que una noche de tormenta. Pero el patrón del *Socarrao* es hombre que vale tanto como su barca.

— Chicos, eso no es nada. Sacad la vela nueva. Si sois listos no nos cogerán.

No hablaba a sordos, y como listos no había más que pedirnos. El pobre compañero se revolvía como una lagartija, tendido en la proa, tentándose la pierna rota, lanzando alaridos y pidiendo por todos los santos un trago de agua: ¡para contemplaciones estaba el tiempo! Nosotros fingíamos no oírle, atentos únicamente a nuestra faena, separando el cordaje y atando a la antena la vela de repuesto, que izamos a los diez minutos.

El patrón cambió de rumbo. Era inútil resistir en el mar a aquel enemigo que andaba con humo y escupía balas. ¡A tierra, y que fuese lo que Dios quisiera!

Estábamos frente a Torresalinas. Todos éramos de aquí y contábamos con los amigos. El cañonero, viéndonos con rumbo a tierra, no disparó más. Nos tenía cogidos, y seguro de su triunfo, ya no extremaba la marcha. La gente que estaba en esta playa no tardó en vernos, y la noticia circuló por todo el pueblo. ¡El *Socarrao* venía perseguido por un cañonero!

Había que ver lo que ocurrió. Una verdadera revolución: créame usted, caballero. Medio pueblo era pariente nuestro, y los demás comían más o menos directamente del “negocio.” Esta playa parecía un hormiguero. Hombres, mujeres y chiquillos nos seguían con mirada ansiosa, lanzando gritos de satisfacción al ver cómo nuestra barca, haciendo un último esfuerzo, se adelantaba cada vez más a su perseguidor, llevándole una media hora de ventaja.

Hasta el alcalde estaba aquí, para servir en lo que fuera bueno. Y los carabineros, excelentes muchachos que viven entre nosotros y son casi de la familia, hacíanse a un lado, comprendiendo la situación y no queriendo perder a unos pobres.

—¡A tierra, muchachos!—gritaba nuestro patrón—. Vamos a embarrancar. Lo que importa es poner en

salvo fardos y personas. El *Socarrao* ya sabrá salir de este mal paso.

Y sin plegar casi el trapo, embestimos la playa, clavando la proa en la arena. ¡ Señor, qué modo de trabajar ! Aún me parece un sueño cuando lo recuerdo. Todo el pueblo se tiró sobre la barca, la tomó por asalto: los chicuelos se deslizaban como ratas en la cala.

— ¡ Aprisa ! ¡ aprisa ! ¡ Que vienen los del gobierno !

Los fardos saltaban de la cubierta : caían en el agua, donde los recogían los hombres descalzos y las mujeres con la falda entre las piernas ; unos desaparecían por aquí, otros se iban por allá ; fué aquello visto y no visto, y en poco rato desapareció el cargamento, como si lo hubiera tragado la arena. Una oleada de tabaco inundaba a Torresalinas, filtrándose en todas las casas.

El alcalde intervino paternalmente.

— Hombre, es demasiado — dijo al patrón —. Todo se lo llevan, y los carabineros se quejarán. Dejad al menos algunos bultos para justificar la aprehensión.

Nuestro amo estaba conforme.

— Bueno ; haced unos cuantos bultos con dos fardos de la peor picadura. Que se contenten con eso.

Y se alejó hacia el pueblo, llevándose en el pecho toda la documentación de la barca. Pero aún se detuvo un momento, porque aquel diablo de hombre estaba en todo.

— ¡ Los folios ! ¹ ¡ Borrad los folios !

Parecía que a la barca le habían salido patas. Estaba ya fuera del agua y se arrastraba por la arena en medio de aquella multitud que bullía y trabajaba, animándose con alegres gritos.

— ¡ Qué chasco ! ¡ Qué chasco se llevarán los del gobierno !

(1) letras muy grandes pintadas en los costados del buque y dando particulares de su matrícula.

El compañero de la pierna rota era llevado en alto por su mujer y su madre. El pobrecillo gemía de dolor a cada movimiento brusco, pero se tragaba las lágrimas y reía también como los otros, viendo que el cargamento se salvaba y pensando en aquel chasco que hacía reír a todos.

Cuando los últimos fardos se perdieron en las calles de Torresalinas, comenzó la rapiña de la barca. El gentío se llevó las velas, las anclas, los remos: hasta desmontamos el mástil, que se cargó en hombros una turba de muchachos, llevándolo en procesión al otro extremo del pueblo. La barca quedó hecha un pontón, tan pelada como usted la ve.

Y mientras tanto, los calafates, brocha en mano, pinta que pinta.¹ El *Socarrao* se desfiguraba como un burro de gitano. Con cuatro brochazos fué borrado el nombre de popa; y de los folios de los costados, de esos malditos letreros que son la cédula de toda embarcación, no quedó ni rastro.

El cañonero echó anclas al mismo tiempo que desaparecían en la entrada del pueblo los últimos despojos de la barca. Yo me quedé en este sitio, queriendo verlo todo, y para mayor disimulo ayudaba a unos amigos que echaban al mar una lancha de pesca.

El cañonero envió un bote armado, y saltaron a tierra no sé cuantos hombres con fusil y bayoneta. El contramaestre, que iba al frente, juraba furioso mirando al *Socarrao* y a los carabineros que se habían apoderado de él.

Todo el vecindario de Torresalinas se reía a aquellas horas celebrando el chasco, y aún hubiera reído más viendo, como yo, la cara que ponía aquella gente al encontrar por todo cargamento unos cuantos bultos de tabaco malo.

(1) pintaban furiosamente.

— ¿Y qué pasó después? — pregunté al viejo —. ¿No castigaron a nadie?

— ¿A quién? Únicamente podían castigar al pobre *Socarrao*, que quedó prisionero. Se ensució mucho papel y medio pueblo fué a declarar; pero nadie sabía nada. ¿De qué matrícula era el barco? Silencio; nadie le había visto los folios. ¿Quiénes lo tripulaban? Unos hombres que al varar habían echado a correr tierra adentro. Y nadie sabía más.

— ¿Y el cargamento? — dije yo.

— Lo vendimos completo. Usted no sabe lo que es la pobreza. Cuando embarrancamos, cada uno agarró el fardo que tenía más a mano y echó a correr para esconderlo en su casa. Pero al día siguiente estaban todos a disposición del patrón: no se perdió ni una libra de tabaco. Los que exponen la vida por el pan y todos los días le ven la cara a la muerte están más libres de tentaciones que los otros...

— Desde entonces — continuó el viejo — que está aquí preso el pobre *Socarrao*. Pero no tardará en hacerse al mar con su antiguo amo. Parece que ha terminado el papeleo; lo sacarán a subasta, y se lo quedará el patrón por lo que quiera dar.

— ¿Y si otro da más?

— ¿Y quién ha de ser ése? ¿Somos acaso bandidos? Todo el pueblo sabe quién es el verdadero amo de la barca abandonada, y nadie tiene tan mal corazón que intente perjudicarle. Aquí hay mucha honradez. A cada uno lo que sea suyo: el mar, que es de Dios, para nosotros los pobres, que hemos de sacar el pan de él, aunque no quiera el gobierno.

EL OGRO

EN todo el barrio del Pacífico era conocido aquel endiablado carretero, que alborotaba las calles con sus gritos y los furiosos chasquidos de su tralla.

Los vecinos de la gran casa en cuyo bajo vivía habían contribuido a formar su mala reputación. ¡ Hombre más atroz y malhablado ! ¡ Y luego dicen los periódicos que la policía detiene por blasfemos !

Pepe el carretero hacía méritos diariamente, según algunos vecinos, para que le cortaran la lengua y le llenasen la boca de plomo ardiendo, como en los mejores tiempos del Santo Oficio. Nada dejaba en paz, ni humano ni divino. Se sabía de memoria todos los nombres venerables del almanaque, únicamente por el gusto de "faltarles,"¹ y así que se enfadaba con sus bestias y levantaba el látigo, no quedaba santo, por arrinconado que estuviese en alguna de las casillas del mes, al que no profanase con las más sucias expresiones. En fin, ¡ un horror ! Y lo más censurable era que, al encararse con sus tozudos animales, azuzándolos con blasfemias mejor que con latigazos, los chiquillos del barrio acudían para escucharle con perversa atención, regodeándose ante la fecundidad inagotable del maestro.

Los vecinos, molestados a todas horas por aquella interminable sarta de maldiciones, no sabían cómo librarse de ellas.

(1) injuriarles.

Acudían al del piso principal, un viejo avaro, que había alquilado la cochera a Pepe no encontrando mejor inquilino.

— No hagan ustedes caso — contestaba —. Consideren que es un carretero, y que para este oficio no se exigen exámenes de urbanidad. Tiene mala lengua, eso sí ; pero es hombre muy formal y paga sin retrasarse un solo día. Un poco de caridad, señores.

A la mujer del maldito blasfemo la compadecían en toda la casa.

— No lo crean ustedes — decía — riendo la pobre mujer — ; no sufro nada de él. ¡ Criatura más buena !¹ Tiene su geniecillo, pero ¡ ay, hija ! Dios nos libre del agua mansa . . .² Es de oro ; alguna copita para tomar fuerzas, pero nada de ser como otros, que se pasan el día como estacas frente al mostrador de la taberna. No se queda ni un céntimo de lo que gana, y eso que no tenemos familia, que es lo que más le gustaría.

Pero la pobre mujer no lograba convencer a nadie de la bondad de su Pepe. Bastaba verle. ¡ Vaya una cara ! En presidio las había mejores. Era nervudo, cuadrado, velloso como una fiera, la cara cobriza, con rudas protuberancias y profundos surcos, los ojos sanguinolentos y la nariz aplastada, granujienta, veteada de azul, con manojos de cerdas que asomaban como tentáculos de un erizo que dentro de su cráneo ocupase el lugar del cerebro.

A nada concedía respeto. Trataba de “reverendos”³ a los machos que le ayudaban á ganar el pan, y cuando en los ratos de descanso se sentaba a la puerta de la cochera, delectaba penosamente, con vozarrón que se

(1) ¡ No hay criatura más buena ! (2) El refrán dice : del agua mansa me libre Dios, que de la brava me guardaré yo.
(3) título que se reserva para los clérigos.

oía hasta en los últimos pisos, sus periódicos favoritos, los papeles más abominables que se publicaban en Madrid, y que algunas señoras miraban desde arriba con el mismo terror que si fuesen máquinas explosivas.

Aquel hombre que ansiaba cataclismos y que soñaba con "la gorda,"¹ ¡pero muy gorda! vivía por ironía en el barrio del Pacífico.

La más leve cuestión de su mujer con las criadas le ponía fuera de sí, y abriendo el saco de las amenazas prometía subir para degollar a todos los vecinos y pegar fuego a la casa; cuatro gotas que cayesen en su patio desde las galerías bastaban para que de su boca infecta saliese la triste procesión de santos profanados, con acompañamiento de horripilantes profecías para el día en que las cosas fuesen rectas y los pobres subiesen encima, ocupando el lugar que les corresponde.

Pero su odio sólo se limitaba a los mayores, a los que le temían, pues si algún muchacho de la vecindad pasaba por cerca de él, acógiale con una sonrisa semejante al bostezo del ogro, y extendiendo su mano callosa, pretendía acariciarlo.

Como se había propuesto no dejar en paz a nadie en la casa, hasta se metía con la pobre *Loca*, una gata vagabunda que ejercía la rapiña en todas las habitaciones, pero cuyas correrías toleraban los vecinos porque con ella no quedaba rata viva.

Parió aquella bohemia de blanco y sedoso pelaje, y obligada a fijar domicilio para tranquilidad de su prole, escogió el patio del ogro, burlándose tal vez del terrible personaje.

Había que oír al carretero. ¿Era su patio algún corral para que viniesen á emporcarlo con sus crías los

(1) la revolución.

animales de la vecindad ? De un momento a otro iba a enfadarse, y si él se enfadaba de veras, ¡ pum ! de la primera patada iban la *Loca* y sus cachorros a estrellarse en la pared de enfrente.

Pero mientras el ogro tomaba fuerzas para dar su terrible patada y la anunciaba a gritos cien veces al día, la prole felina seguía tranquilamente en un rincón, formando un revoltijo de pelos rojos y negros, en el que brillaban los ojos con lívida fosforescencia, y coreando irónicamente las amenazas del carretero : ¡ *Miau !* ¡ *miau !*

¡ Bonito verano era aquel ! Trabajo, poco, y un calor de infierno que irritaba el mal humor de Pepe y hacía hervir en su interior la caldera de las maldiciones, que se escapaban a borbotones por su boca.

La gente de “ posibles,”¹ estaba allá lejos, en sus Biarritzes y San Sebastianes, remojándose los pellejos, mientras él se tostaba en su cochérón. ¡ Lástima que el mar no se saliera, para tragarse tanto “ parásito ” ! No quedaba gente en Madrid y escaseaba el trabajo. Dos días sin enganchar el carro. Si esto seguía así, tendría que comerse con patatas á sus “ reverendos,”² a no ser que echase mano de sus aves de corral, que era el nombre que daba a la *Loca* y a sus hijuelos.

Fué en Agosto cuando, a las once de la mañana, tuvo que bajar a la estación del Mediodía para cargar unos muebles.

¡ Vaya una hora ! Ni una nube en el cielo y un sol que sacaba chispas de las paredes y parecía reblandecer las losas de las aceras.

— ¡ Arre, valientes ! . . . ¿ Qué quieres tú, *Loca* ?

Y mientras arreaba sus machos, alejaba con el pie a la blanca gata, que maullaba dolorosamente, intentando meterse bajo las ruedas.

(1) la gente de dinero. (2) los machos ya citados.

— Pero ¿ qué quieres, maldita ? ¡ Atrás, que te va a reventar una rueda !

Y como quien hace una obra de caridad, largó al animal tan furioso latigazo, que lo dejó arrollado en un rincón, gimiendo de dolor.

Buena hora para trabajar. No podía mirarse a parte alguna sin sentir irritación en los ojos ; la tierra quemaba ; el viento ardía, como si todo Madrid estuviese en llamas ; el polvo parecía incendiarse ; paralizábanse lengua y garganta, y las moscas, locas de calor, revoloteaban por los labios del carretero o se pegaban al jadeante hocico de los animales en busca de frescura.

El ogro estaba cada vez más irritado conforme descendía la ardorosa cuesta, y mientras mascullaba sus palabrotas, animaba con el látigo a los machos, que caminaban desfallecidos, con la cabeza baja, casi rozando el suelo.

¡ Maldito sol ! Era el pillo mayor de la creación. Éste sí que merecía le arreglasen las cuentas el día de “ la gorda,” como enemigo de los pobres. En invierno mucho ocultarse, para que el jornalero tenga los miembros torpes y no sepa dónde están sus manos, para que caiga del andamio o le pille el carro bajo las ruedas. Y ahora, en verano, ¡ eche usted rumbo !¹ Fuego y más fuego, para que los pobres que se quedan en Madrid mueran como pollos en asador. ¡ Hipocritón ! De seguro que no molestaba tanto a los que se divertían en las playas de moda.

Y recordando a tres segadores andaluces muertos de asfixia, según había leído en uno de sus papeles, intentaba en vano mirar de frente al sol y le amenazaba con el puño cerrado. ¡ Asesino ! . . . ¡ Reaccionario ! . . . ¡ Lástima que no estés más abajo el día de “ la gorda ” !

Cuando llegó al depósito de mercancías, detúvose un

(1) ¡ qué lujo, qué ostentación de calor !

momento a descansar. Se quitó la gorra, enjugóse el sudor con las manos, y puesto a la sombra contempló todo el camino que acababa de atravesar. Aquello ardía. Y pensaba con terror en el regreso, cuesta arriba, jadeante, con el sol a plomo sobre la cabeza y arreando sin parar a las caballerías, abrumadas por el calor. No era grande la distancia de allí a su casa, pero aunque le dijeran que en la cochera le esperaba el mismo Nuncio,¹ no iba. ¡Qué había de ir!... Aun haciéndole bueno que con tal viajecito venía “la gorda,”² lo pensaría antes de decidirse a subir la cuesta con aquel calor.

— ¡Vaya! Menos historias y a trabajar.

Y levantó la tapa del gran capazo de esparto atado a los varales del carro, buscando su provisión de cuerdas. Pero su mano tropezó con unas cosas sedosas que se removían y sintió al mismo tiempo débiles arañazos en su callosa piel.

Los gruesos dedos hicieron presa, y salió a luz, cogido del pescuezo, un cachorro blanco, con las patas extendidas, el rabo enroscado por los estremecimientos del miedo y lanzando su triste *ñau-ñau*, como quien pide misericordia.

La *Loca*, no contenta con convertir su patio en corral, se apoderaba del carro y metía la prole en el capazo para resguardarla del sol. ¿No era aquello abusar de la paciencia de un hombre? ... Se acabó todo. Y abarcando en sus manazas a los cinco gatitos, los arrojó en montón a sus pies. Iba a aplastarlos a patadas; lo juraba, ¡voto a esto y lo de más allá! Iba a hacer una tortilla de gatos.

Y mientras soltaba sus juramentos, sacábase de la faja el pañuelo de hierbas, lo extendía, colocaba sobre él

(1) Nuncio del Papa. (2) aunque estuviese convencido de que vendría la revolución si hiciese este viajecito.

aquel montón de pelos y maullidos, y atando las cuatro puntas echó a andar con el envoltorio, abandonando el carro.

Se lanzó a todo correr por aquel camino de fuego, aguantando el sol con la cabeza baja, jadeante y echándose a pecho¹ la cuesta que minutos antes no quería subir aunque se lo mandase el Nuncio.

Algo terrible preparaba. La voluptuosidad del mal era sin duda lo que le daba fuerzas. Tal vez buscaba subir alto, muy alto, para desde la cresta de un desmonte aplastar su carga de gatos.

Pero se dirigió a su casa, y en la puerta le recibió la *Loca* con cabriolas de gozo, olisqueando el hinchado pañuelo, que se estremecía con palpitaciones de vida.

— Toma, perdida — dijo jadeante por el calor y el cansancio de la carrera — ; aquí tienes tus granujas. Por esta vez pase, te lo perdono, porque eres un animal y no sabes cómo las gasta Pepe el carretero. Pero otra vez . . . ¡ hum ! . . . a la otra . . .

Y no pudiendo decir más palabras sin intercalar juramentos, el ogro volvió la espalda y fué corriendo en busca de su carro, otra vez cuesta abajo, echando demonios contra aquel sol enemigo de los pobres. Pero aunque el calor aumentaba, parecía al pobre ogro que algo le había refrescado interiormente.

(1) intentando la subida resueltamente.

LOBOS DE MAR

RETIRADO de los “negocios” después de cuarenta años de navegación con toda clase de riesgos y aventuras, el capitán Llovet era el vecino más importante del Cabañal, una población de casas blancas de un solo piso, de calles anchas, rectas y ardientes de sol, semejante a una pequeña ciudad americana.

La gente de Valencia que veraneaba allí miraba con curiosidad al viejo lobo de mar, sentado en un gran sillón bajo el toldo de listada lona que sombreaba la puerta de su casa. Cuarenta años pasados a la intemperie en la cubierta de su buque, sufriendo la lluvia y los rociones de oleaje, le habían infiltrado la humedad hasta los mismos huesos, y esclavo del reuma, permanecía los más de los días inmóvil en su sillón, prorrumpiendo en quejidos y juramentos cada vez que se ponía en pie. Alto, musculoso, con el vientre hinchado y caído sobre las piernas, la cara bronceada por el sol y cuidadosamente afeitada, el capitán parecía un cura en vacaciones, tranquilo y bonachón en la puerta de su casa. Sus ojos grises, de mirada fija e imperativa, ojos de hombre habituado al mando, eran lo único que justificaba la fama del capitán Llovet, la leyenda sombría que flotaba en torno de su nombre.

Había pasado su vida en continua lucha con la marina real inglesa, burlando la persecución de los cruceros en su famoso bergantín repleto de carne negra,¹ que

(1) esclavos africanos.

transportaba desde la costa de Guinea a las Antillas. Audaz y de una frialdad inalterable, jamás le vieron oscilar sus marineros.

Contábanse de él cosas horripilantes. Cargamentos enteros de negros arrojados al agua para librarse del crucero que le daba caza ; los tiburones del Atlántico acudiendo a bandadas, haciendo hervir las olas con su fúnebre coleteo,¹ cubriendo el mar de manchas de sangre, repartiéndose a dentelladas los esclavos, que agitaban con desesperación sus brazos fuera del agua ; sublevaciones de tripulación contenidas por él solo a tiros y hachazos ; raptos de ciega cólera, en los que corría por cubierta como una fiera ; hasta se hablaba de cierta mujer que le acompañaba en sus viajes, la cual, desde el puente, fué arrojada al mar por el iracundo capitán después de una disputa por celos. Y junto con esto, inesperados arranques de generosidad ; socorros a manos llenas a las familias de sus marineros. En un arrebató de cólera era capaz de matar a uno de los suyos ; pero si alguien caía al agua, se arrojaba para salvarle, sin miedo al mar ni a sus voraces bestias. Enloquecía de furor si los compradores de negros le engañaban en unas cuantas pesetas, y en la misma noche gastaba tres o cuatro mil duros celebrando una de aquellas orgías que le habían hecho famoso en la Habana. “ Pega antes que habla,” decían de él los marineros ; y recordaban que, en alta mar, sospechando que su segundo conspiraba contra él, le había deshecho el cráneo de un pistoletazo. Aparte de esto, un hombre divertidísimo, a pesar de su cara fosca y su mirada dura. En la playa del Cabañal, la gente, reunida a la sombra de las barcas, reía recordando sus bromas. Una vez dió un convite a bordo al reyezuelo africano que le vendía los esclavos, y viendo borrachos a la

(1) golpes que dan los peces con la cola.

negra majestad y sus cortesanos, hizo como el negrero de Merimée : desplegó velas y los vendió como esclavos. Otra vez, viéndose perseguido por un crucero británico, desfiguró su buque en una sola noche, pintándolo de otro color y cambiando la arboladura. Los capitanes ingleses tenían datos en abundancia para conocer el buque del audaz negrero ; pero como si no tuvieran nada.¹ El capitán Llovet, como decían en la playa, era un gitano de mar y trataba su barco como a un burro de feria, haciéndole sufrir transformaciones maravillosas.

Cruel y generoso, pródigo de su sangre y de la ajena, duro para el negocio y manirroto para el placer, los negociantes de Cuba le habían apodado "el Capitán Magnífico," y así seguían llamándole los pocos marineros de su antigua tripulación que aún arrastraban por la playa las piernas reumáticas, tosiendo y encorvando el pecho.

Casi arruinado por empresas comerciales, al retirarse de "la trata,"² se había metido en su casa del Cabañal, viendo pasar la vida ante su puerta, sin otra distracción que jurar como un condenado cuando el reuma le hacía permanecer inmóvil en su asiento. Por una respetuosa admiración venían a sentarse en la acera algunos de aquellos vejestorios que habían recibido de él en otro tiempo órdenes y palos, y juntos hablaban con cierta melancolía de la "gran calle," como el capitán llamaba al Atlántico, contando las veces que habían pasado de una acera a otra, de África a América, corriendo temporales y chasqueando a los polizontes del mar. En verano, los días que no apretaba el dolor y las piernas estaban fuertes, bajaban a la playa, y el capitán, enardecido a la vista del mar, desahogaba sus dos odios.

(1) pero fué como si no tuvieran nada. (2) la trata en esclavos.

Odiaba a Inglaterra por haber oído silbar más de una vez las balas de sus cañones. Odiaba la navegación a vapor como un sacrilegio marítimo. Aquellos penachos de humo que pasaban por el horizonte eran los funerales de la marina. Ya no quedaban sobre el agua hombres de oficio ; ahora el mar era de los fogoneros.

En los días tempestuosos del invierno, siempre le veían en la playa con la nariz palpitante, olfateando la tormenta, como si aún estuviera sobre cubierta preparándose a resistir el tiempo.

Una mañana lluviosa vió correr la gente hacia el mar, y allá fué él, contestando con gruñidos a la familia, que le hablaba de su reuma. Entre las negras barcas encalladas en la orilla destacábanse sobre el mar, lívido y cubierto de espumarajos, los grupos de blusas azules, las faldas ondulantes por el vendaval, con las que se resguardaban de la lluvia las mujeres. Lejos, en la bruma que cerraba el horizonte, corrían como ovejas asustadas las barcas pescadoras, con la vela casi recogida y negruzca por el agua, sosteniendo una lucha de terribles saltos, enseñando la quilla en cada cabriola, antes de doblar la punta del puerto, amontonamiento de peñascos rojos barnizados por las olas, entre los cuales hervía una espuma amarillenta, bilis del irritado mar.

Una barca desarbolada iba como pelota de ola en ola hacia la siniestra punta. La gente gritaba en la playa viendo a los tripulantes tendidos en la cubierta, anonadados por la proximidad de la muerte. Se hablaba de ir hasta la barca, de echarla un cabo, de traerla a la playa ; pero los más audaces, mirando las olas que se desplomaban, llenando el espacio de polvo de agua, callábanse, atemorizados. La barca que saliera daría la voltereta antes de mover un remo.

— ¡ A ver : gente que me siga ! Hay que salvar a esos pobres.

Era la voz ruda e imperiosa del capitán Llovet. Se erguía sobre sus torpes piernas, la mirada brillante y fiera, las manos temblorosas por la cólera que le infundía el peligro. Las mujeres le miraban asombradas; los hombres retrocedían, formando ancho corro en torno de él, que prorrumpió en juramentos, agitando sus manos como si fuera a cerrar a golpes¹ con toda la chusma. Le enfurecía el silencio de aquella gente, como si estuviera ante una tripulación insubordinada.

— ¿Desde cuándo el capitán Llovet no encuentra en su pueblo hombres que le sigan al mar?

Lo dijo rugiendo, como un tirano que se ve desobedecido, como un dios que contempla la huída de sus fieles. Hablaba en castellano, lo que era en él señal de ciega cólera.

— ¡*Presente, capitá!* — gritaron a un tiempo unas cuantas voces temblonas.

Y abriéndose paso, aparecieron en el centro del corro cinco viejos, cinco esqueletos roídos por el mar y las tempestades, antiguos marineros del capitán Llovet, arrastrados por la subordinación y el afecto que crea el peligro afrontado en común. Avanzaron unos arrastrando los pies, otros con saltitos de pájaro, alguno con los ojos muy abiertos, mostrando en las pupilas la vaguedad de la ceguera senil, todos temblorosos de frío, con el cuerpo forrado de bayeta amarilla y la gorra calada sobre dobles pañuelos arrollados a las sienes. Era la vieja guardia corriendo a morir junto a su ídolo. De los grupos salían mujeres y niños, que se arrojaban sobre ellos queriendo detenerlos.

— ¡*Agüelo!*² — gritaban los nietos.

— ¡*Pare!*³ — gemían las mocetonas.

Y los animosos vejetes, irguiéndose como los rocines moribundos al oír el clarín de las batallas, repelían los

(1) empezar a golpear. (2) abuelo. (3) padre.

brazos que se anudaban a sus cuellos y piernas, y gritaban contestando a la voz de su jefe :

— ¡ *Presente, capitá !*¹

Los lobos de mar, con su ídolo al frente, abriéronse paso para echar al agua una de las barcas. Rojos, congestionados por el esfuerzo, con el cuello hinchado por la rabia, sólo consiguieron mover la barca y que se deslizara algunos pasos. Irritados contra su vejez, intentaron un nuevo esfuerzo ; pero la muchedumbre protestaba contra su locura y cayó sobre ellos, desapareciendo los viejos, arrebatados por sus familias.

— ¡ Dejadme, cobardes ! ¡ Al que me toque lo mato !
— rugía el capitán Llovet.

Pero por primera vez, aquel pueblo, que le adoraba, puso la mano en él. Le sujetaron como a un loco, sordos a sus súplicas, indiferentes a sus maldiciones.

La barca, abandonada de todo auxilio, corría a la muerte dando tumbos sobre las olas. Ya estaba próxima a los peñascos, ya iba a estrellarse entre torbellinos de espuma, y aquel hombre que tanto había despreciado la vida del semejante, que había nutrido a los tiburones con tribus enteras y que llevaba un nombre aterrador como una leyenda lúgubre, revolvíase furioso, sujeto por cien manos, blasfemando porque no le dejaban arriesgar la existencia socorriendo a unos desconocidos ; hasta que, agotadas sus fuerzas, acabó llorando como un niño.

(1) capitán : todas son palabras valencianas.

LA PARED

SIEMPRE que los nietos del tío *Rabosa* se encontraban con los hijos de la viuda de *Casporra* en las sendas de la huerta o en las calles de Campanar, todo el vecindario comentaba el suceso. ¡Se habían mirado!... ¡Se insultaban con el gesto!... Aquello acabaría mal, y el día menos pensado el pueblo sufriría un nuevo disgusto.

El alcalde con los vecinos más notables predicaban paz a los mocetones de las dos familias enemigas, y allá iba el cura, un vejete de Dios, de una casa a otra, recomendando el olvido de las ofensas.

Treinta años que los odios de los *Rabosas* y *Casporras* traían alborotado a Campanar. Casi en las puertas de Valencia, en el risueño pueblecito que desde la orilla del río miraba a la ciudad con los redondos ventanales de su agudo campanario, repetían aquellos bárbaros, con su rencor africano, la historia de luchas y violencias de las grandes familias italianas en la Edad Media. Habían sido grandes amigos en otro tiempo; sus casas, aunque situadas en distinta calle, lindaban por los corrales, separados únicamente por una tapia baja. Una noche, por cuestiones de riego, un *Casporra* tendió en la huerta de un escopetazo a un hijo del tío *Rabosa*, y el hijo menor de éste, porque no se dijera que en la familia no quedaban hombres, consiguió, después de un mes de acecho, colocarle una bala entre las cejas al matador. Desde entonces las dos familias vivieron para extermi-

narse, pensando más en aprovechar los descuidos del vecino que en el cultivo de las tierras. Escopetazos en medio de la calle; tiros que al anochecer relampagueaban desde el fondo de una acequia o tras los cañares o ribazos cuando el odiado enemigo regresaba del campo; alguna vez un *Rabosa* o un *Casporra* camino del cementerio con una onza de plomo dentro del pellejo; y la sed de venganza sin extinguirse, antes bien, extremándose con las nuevas generaciones, pues parecía que en las dos casas los chiquitines salían ya del vientre de sus madres tendiendo las manos a la escopeta para matar a los vecinos.

Después de treinta años de lucha, en casa de los *Casporras* sólo quedaban una viuda con tres hijos mocetones que parecían torres de músculos. En la otra estaba el tío *Rabosa*, con sus ochenta años, inmóvil en un sillón de esparto, con las piernas muertas por la parálisis, como un arrugado ídolo de la venganza, ante el cual juraban sus dos nietos defender el prestigio de la familia.

Pero los tiempos eran otros. Ya no era posible ir a tiros, como sus padres, en plena plaza a la salida de misa mayor. La Guardia civil no los perdía de vista; los vecinos los vigilaban; y bastaba que uno de ellos se detuviera algunos minutos en una senda o en una esquina, para verse al momento rodeado de gente que le aconsejaba la paz. Cansados de esta vigilancia que degeneraba en persecución y se interponía entre ellos como infranqueable obstáculo, *Casporras* y *Rabosas* acabaron por no buscarse, y hasta se huían cuando la casualidad los ponía frente a frente.

Tal fué su deseo de aislarse y no verse, que les pareció baja la pared que separaba sus corrales. Las gallinas de unos y otros, escalando los montones de leña, fraternizaban en lo alto de las bardas; las mujeres

de las dos casas cambiaban desde las ventanas gestos de desprecio. Aquello no podía resistirse: era como vivir en familia; y la viuda de *Casporra* hizo que sus hijos levantaran la pared una vara. Los vecinos se apresuraron á manifestar su desprecio con piedra y argamasa, y añadieron algunos palmos más a la pared. Y así, en esta muda y repetida manifestación de odio, la pared fué subiendo y subiendo. Ya no se veían las ventanas; poco después no se veían los tejados; las pobres aves de corral estremecíanse en la lúgubre sombra de aquel paredón que las ocultaba parte del cielo, y sus cacareos sonaban tristes y apagados a través de aquel muro, monumento del odio, que parecía amasado con los huesos y la sangre de las víctimas.

Así transcurrió el tiempo para las dos familias, sin agredirse ¹ como en otra época, pero sin aproximarse: inmóviles y cristalizadas en su odio.

Una tarde sonaron a rebato las campanas del pueblo. Ardía la casa del tío *Rabosa*. Los nietos estaban en la huerta, la mujer de uno de éstos en el lavadero, y por las rendijas de puertas y ventanas salía un humo denso de paja quemada. Dentro, en aquel infierno que rugía buscando expansión, estaba el abuelo, el pobre tío *Rabosa*, inmóvil en su sillón. La nieta se mesaba los cabellos, acusándose como autora de todo por su descuido; la gente arremolinábase en la calle, asustada por la fuerza del incendio. Algunos, más valientes, abrieron la puerta, pero fué para retroceder ante la bocanada de denso humo cargada de chispas que se esparció por la calle.

— ¡*El agüelo! ¡el pòbre agüelo!* — gritaba la de los *Rabosas*, volviendo en vano la mirada en busca de un salvador.

Los asustados vecinos experimentaron el mismo asom-

(1) acometer a alguno para hacerle daño.

bro que si hubieran visto el campanario marchando hacia ellos. Tres mocetones entraban corriendo en la casa incendiada. Eran los *Casporras*. Se habían mirado cambiando un guiño de inteligencia, y sin más palabras se arrojaron como salamandras en el enorme brasero. La multitud los aplaudió al verlos reaparecer llevando en alto, como a un santo en sus andas, al tío *Rabosa* en un sillón de esparto. Abandonaron al viejo sin mirarle siquiera, y otra vez adentro.

— ¡ No, no ! — gritaba la gente.

Pero ellos sonreían, siguiendo adelante. Iban a salvar algo de los intereses de sus enemigos. Si los nietos del tío *Rabosa* estuvieran allí, ni se habrían movido ellos de casa. Pero sólo se trataba de un pobre viejo, al que debían proteger como hombres de corazón. Y la gente los veía tan pronto en la calle como dentro de la casa, buceando en el humo, sacudiéndose las chispas como inquietos demonios, arrojando muebles y sacos para volver a meterse entre las llamas.

Lanzó un grito la multitud al ver a los dos hermanos mayores sacando al menor en brazos. Un madero, al caer, le había roto una pierna.

— ¡ Pronto, una silla !

La gente, en su precipitación, arrancó al viejo *Rabosa* de su sillón de esparto para sentar al herido.

El muchacho, con el pelo chamuscado y la cara ahumada, sonreía, ocultando los agudos dolores que le hacían fruncir los labios. Sintió que unas manos trémulas, ásperas, con las escamas de la vejez, oprimían las suyas.

— *¡ Fill meu ! ¡ fill meu !*¹ — gemía la voz del tío *Rabosa*, quien se arrastraba hacia él.

Y antes que el pobre muchacho pudiera evitarlo, el paralítico buscó con su boca desdentada y profunda

(1) ¡ hijo mío !

las manos que tenía agarradas, y las besó, las besó un sinnúmero de veces, bañándolas con lágrimas.

.

Ardió toda la casa. Y cuando los albañiles fueron llamados para construir otra, los nietos del tío *Rabosa* no los dejaron comenzar por la limpia del terreno cubierto de negros escombros. Antes tenían que hacer un trabajo más urgente: derribar la pared maldita. Y empuñando el pico, ellos dieron los primeros golpes.

¡ HOMBRE AL AGUA !

AL cerrar la noche salió de Torrevieja¹ el laúd *San Rafael*, con cargamento de sal para Gibraltar.

La cala iba atestada, y sobre cubierta amontonábanse los sacos, formando una montaña en torno del palo mayor. Para pasar de proa a popa, los tripulantes iban por las bordas, sosteniéndose con peligroso equilibrio.

La noche era buena ; noche de verano, con estrellas a granel y un vientecillo fresco algo irregular, que tan pronto hinchaba la gran vela latina, hasta hacer gemir el mástil, como cesaba de soplar, cayendo desmayada la inmensa lona con ruidoso aleteo.

La tripulación, cinco hombres y un muchacho, cenó después de la maniobra de salida, y una vez rebañado el humeante caldero, en el que hundían su mendrugo con marinera fraternidad desde el patrón al grumete, desaparecieron por la escotilla todos los libres de servicio, para reposar sobre la dura colchoneta, con los vientres hinchados de vino y zumo de sandía.

Quedó en el timón el tío *Chispas*, un tiburón² desdentado, que acogió con gruñidos de impaciencia las últimas indicaciones del patrón, y junto a él su protegido Juanillo, un novato que hacía en el *San Rafael* su primer viaje y le estaba muy agradecido al viejo, pues gracias a él había entrado en la tripulación, matando así su hambre, que no era poca.

(1) en la costa murciana a 100 millas al sur de Valencia.

(2) marino viejo.

El mísero laúd antojábasele al muchacho un navío almirante, un buque encantado navegando por el mar de la abundancia. La cena de aquella noche era la primera cena seria que había hecho en su vida.

Había llegado a los diez y nueve años hambriento y casi desnudo como un salvaje, durmiendo en la torcida barraca donde gemía y rezaba su abuela, inmóvil por el reuma ; de día ayudaba a botar las barcas, descargaba cestas de pescado, o iba de parásito en las lanchas que perseguían al atún y la sardina, para llevar á casa un puñado de pesca menuda. Pero ahora, gracias al tío *Chispas*, que le tenía ley¹ por haber conocido a su padre, era todo un marinero, estaba en camino de ser algo, podía con todo derecho meter su brazo en el caldero, y hasta llevaba zapatos, los primeros de su vida, unas soberbias piezas capaces de navegar como una fragata, que le sumían en éxtasis de adoración. ¡ Y aún dicen que si el mar !² . . . ¡ Vamos, hombre : el mejor oficio del mundo !

El tío *Chispas*, sin apartar la vista de la proa ni las manos del timón, agachándose para sondear la obscuridad por entre la vela y el montón de sacos, le escuchaba con sonrisa marrullera.

— Sí ; no has escogido mal oficio. Pero tiene quiebras. Las verás . . . cuando tengas mis años . . . Pero tu sitio no es aquí ; anda a proa, y avisa si ves por delante alguna barca.

Juanillo corrió por la borda con la segura tranquilidad de un pillo de playa.

— Cuidado, muchacho, cuidado.

Pero él ya estaba en la proa, y se sentó junto al botalón, escudriñando la negra superficie del mar, en

(1) que le tenía amistad. (2) ¡ Y aun dicen que el oficio del mar es malo ! ¡ Nada de eso !

cuyo fondo se reflejaban como serpeantes hilos de luz las inquietas estrellas.

El laúd, panzudo y pesado, caía tras cada ola con un solemne *¡chap!* que hacía saltar las gotas hasta la cara de Juanillo; dos hojas de espuma fosforescentes resbalaban por ambos lados de la gruesa proa, y la hinchada vela, con el vértice perdido en la obscuridad, parecía arañar la bóveda del cielo.

¿Qué rey ni qué almirante estaba mejor que el serviola¹ del *San Rafael*? . . . *¡Brrru!* Su estómago repleto le saludaba con eructos de satisfacción ¡Vida más hermosa! . . .

— ¡Tío *Chispas* . . . un cigarro!

— Ven por él.

Juanillo corrió por la borda del lado contrario al viento. Era un momento de calma, y la vela rizábase con fuertes palpitaciones, próxima a caer desmayada á lo largo del mástil; pero vino una ráfaga, y la barca se inclinó con rápido movimiento. Juanillo, para guardar el equilibrio, agarróse al borde de la vela, y en el mismo instante ésta se hinchó como si fuera á estallar, lanzando al laúd en una carrera veloz y empujando con fuerza tan irresistible todo el cuerpo del muchacho, que lo disparó como una catapulta.

En el ruido de las aguas al tragarse á Juanillo creyó oír éste un grito, palabras algo confusas; tal vez el viejo timonel que gritaba: “¡Hombre al agua!”

Bajó mucho, ¡mucho! atolondrado por el golpe, por lo inesperado de la caída; pero antes de darse cuenta exacta de ello, vióse otra vez en la superficie del mar, braceando, absorbiendo con furia el fresco viento . . . ¿Y la barca? No la vió ya. El mar estaba obscurísimo, más oscuro que visto desde la cubierta del laúd.

(1) *El serviola* es él que está de guarda cerca de *la serviola*.

Creyó distinguir una mancha blanca, un fantasma que flotaba á lo lejos sobre las olas, y nadó hacia él. Pero de pronto ya no lo vió allí, sino en lugar opuesto, y cambió de dirección, desorientado, nadando con fuerza, pero sin saber dónde iba.

Los zapatos pesaban como si fuesen de plomo. ¡ Malditos ! . . . ¡ la primera vez que los usaba ! . . . La gorra le martirizaba las sienes ; los pantalones tiraban de él como si llegasen hasta el fondo del mar y fuesen barriendo las algas.

— Calma, Juanillo, calma.

Y arrojó la gorra, lamentando no poder hacer lo mismo con los zapatos.

Tenía confianza. Él nadaba mucho : se sentía con “ aguante ” para dos horas. Los de la barca virarían para pescarle ; un remojón y nada más . . . ¿ pues qué así como así mueren los hombres ? ¹ En un temporal, como habían muerto su padre y su abuelo, bueno ; pero en noche tan hermosa y con buena mar, morir empujado por una vela sería una muerte de tonto.

Y nadaba y nadaba, siempre creyendo ver aquel fantasma indeciso que cambiaba de sitio, esperando que de la obscuridad surgiera el *San Rafael* viniendo en su busca.

— ¡ Ah de la barca ! . . . ¡ Tío *Chispas* ! . . . ¡ Patrón !

Pero el gritar le fatigaba, y dos ó tres veces las olas le taparon la boca. ¡ Malditas ! . . . Desde la barca parecían insignificantes, pero en medio del mar, hundido hasta el cuello y obligado a un continuo manoteo para sostenerse, le asfixiaban, le golpeaban con su sorda ondulación, abrían ante él hondas y movibles zanjás, cerrándolas en seguida como para tragarle.

Seguía creyendo, pero con cierta inquietud, en sus dos horas de “ aguante.” Sí ; contaba con ellas. Dos

(1) pues ¿ tan facilmente mueren los hombres ?

horas y más nadaba allá, en su playa, sin cansancio. Pero era en las horas de sol, en aquel mar de cristal azul, viendo allá abajo, a través de fantástica transparencia, las rocas amarillas, con sus hierbajos puntiagudos como ramos de coral verde, las conchas de color rosa, las estrellas de nácar, las flores luminosas de pétalos carnosos estremeciéndose al ser rozados por el vientre de plata de los peces; y ahora estaba en un mar de tinta, perdido en la obscuridad, agobiado por sus ropas, teniendo bajo sus pies quién sabe cuántos barcos destrozados, cuántos cadáveres descarnados por los peces feroces. Y estremecía al contacto de su mojado pantalón, creyendo sentir el rozamiento de agudos dientes.

Cansado, desfallecido, se echó de espaldas, dejándose llevar por las olas. El sabor de la cena le subía a la boca. ¡Maldita comida, y cuánto cuesta de ganar! Acabaría por morir allí tontamente... Pero el instinto de conservación le hizo incorporarse.¹ Tal vez le buscaban, y estando tendido pasarían cerca de él sin verle. Otra vez a nadar, con el ansia de la desesperación, incorporándose en la cresta de las olas para ver más lejos, yendo tan pronto a un lado como a otro, agitándose siempre en un mismo círculo.

Le abandonaban, como si fuese un trapo caído de la barca. ¡Dios mío! ¿Así se olvida a un hombre?... Pero no; tal vez le buscaban en aquel momento. Un barco corre mucho: por pronto que hubiesen subido a cubierta y arriado vela, ya estarían a más de una milla.

Y acariciando esta ilusión, se hundía dulcemente, como si tirasen de sus pesados zapatos. Sintió en la boca la amargura salitrosa, cegaron sus ojos, las aguas se cerraron sobre su rapada cabeza; pero entre dos olas

(1) erguir el cuerpo.

se formó un pequeño remolino, asomaron unas manos crispadas y volvió a salir.

Los brazos “se dormían”; la cabeza se inclinaba sobre el pecho, como vencida por el sueño. A Juanillo le pareció cambiado el cielo: las estrellas eran rojas, como salpicaduras de sangre. Ya no le infundía miedo el mar; sentía el deseo de abandonarse sobre las aguas, de descansar.

Se acordaba de la abuela, que a aquellas horas estaría pensando en él. Y quiso rezar como mil veces había oído a su pobre vieja. “Padre nuestro, que estás...” Rezaba mentalmente; pero sin darse cuenta de ello, su lengua se movió, y dijo con una voz tan ronca que le pareció de otro:

— ¡ Cochinos ! ¡ ladrones ! ¡ Me abandonan !

Se hundía otra vez: desapareció pugnando en vano por sostenerse. Alguien tiraba de sus zapatos... Buceó en la obscuridad, sorbiendo agua, inerte, sin fuerzas; pero sin saber cómo, volvió otra vez a la superficie.

Ahora las estrellas eran negras, más negras que el cielo, destacándose como gotas de tinta.

Se acabó. Esta vez se iba al fondo de veras: su cuerpo era de plomo. Y bajó en línea recta, arrastrado por sus zapatos nuevos, y en su caída al abismo de los barcos rotos y los esqueletos devorados, el cerebro, cada vez más envuelto en densas neblinas, iba repitiendo:

— Padre nuestro . . . Padre nuestro . . . ¡ Ladrones !
¡ granujas ! ¡ Me han abandonado !

LA CONDENADA

CATORCE meses llevaba Rafael en la estrecha celda.

Tenía por mundo aquellas cuatro paredes, de un triste blanco de hueso, cuyas grietas y desconchaduras se sabía de memoria; su sol era el alto ventanillo cruzado por hierros que cortaban la azul mancha del cielo; y del suelo de ocho pasos apenas si era suya la mitad, por culpa de aquella cadena escandalosa y chillona, cuya argolla, incrustándosele en el tobillo, había llegado casi a amalgamarse con su carne.

Estaba condenado á muerte, y mientras en Madrid hojeaban por última vez los papelotes de su proceso, él se pasaba allí meses y meses enterrado en vida, pudriéndose como animado cadáver en aquel ataúd de argamasa, deseando como un mal momentáneo que pondría fin a otros mayores que llegase pronto la hora en que le apretaran el cuello, terminando todo de una vez.

Lo que más le molestaba era la limpieza: aquel suelo barrido todos los días y bien fregado, para que la humedad, filtrándose a través del petate, se le metiera en los huesos; aquellas paredes, en las que no se dejaba tener ni una mota de polvo. Hasta la compañía de la suciedad le quitaban al preso. Soledad completa. Si allí entrasen ratas, tendría el consuelo de partir con ellas la escasa comida y hablarlas como buenas compañeras; si en los rincones hubiera encontrado una araña, se habría entretenido domesticándola.

No querían en aquella sepultura otra vida que la suya. Un día — ¡cómo lo recordaba Rafael! — un gorrión se asomó a la reja, cual chiquillo travieso. El bohemio de la luz y del espacio piaba, como expresando la extrañeza que le producía ver allá abajo aquel pobre ser, amarillento y flaco, estremeciéndose de frío en pleno verano, con unos cuantos pañuelos anudados a las sienes y un harapo de manta ceñido a los riñones. Debió asustarle aquella cara angulosa y pálida, con una blancura de papel mascado; le causó miedo la extraña vestidura de pielroja y huyó, sacudiendo sus plumas como para librarse del vaho de sepultura y lana podrida que exhalaba la reja.

El único rumor de vida era el de los compañeros de cárcel que paseaban por el patio. Aquéllos al menos veían cielo libre sobre sus cabezas, no tragaban el aire a través de una aspillera; tenían las piernas libres y no les faltaba con quien hablar. Hasta allí dentro tenía la desgracia sus gradaciones. El eterno descontento humano era adivinado por Rafael. Envidiaba él a los del patio, considerando su situación como una de las más apetecibles; los presos envidiaban a los de fuera, a los que gozaban libertad; y los que a aquellas horas transitaban por las calles, tal vez no se considerasen contentos con su suerte, ambicionando ¡quién sabe cuántas cosas!... ¡Tan buena que es la libertad!... Merecían estar presos.

Se hallaba en el último escalón de la desgracia. Había intentado fugarse perforando el suelo en un arranque de desesperación, y la vigilancia pesaba sobre él incesante y abrumadora. Si cantaba, le imponían silencio. Quiso divertirse rezando con monótono canturreo las oraciones que le enseñó su madre y que sólo recordaba a trozos, y le hicieron callar. ¿Es que intentaba fingirse loco? ¡A ver, mucho silencio! Le

querían guardar entero, sano de cuerpo y espíritu, para que el verdugo no operase en carne averiada.

¡Loco! No quería serlo; pero el encierro, la inmovilidad y aquel rancho escaso y malo acababan con él. Tenía alucinaciones; algunas noches, cuando cerraba los ojos, molestado por la luz reglamentaria, a la que en catorce meses no había podido acostumbrarse, le atormentaba la estrafalaria idea de que, durante el sueño, sus enemigos, aquellos que querían matarle y a los que no conocía, le habían vuelto el estómago del revés. Por esto le atormentaban con crueles pinchazos.

De día pensaba siempre en su pasado, pero con memoria tan extraviada, que creía repasar la historia de otro.

Recordaba su regreso al pueblecillo natal, después de su primera campaña carcelaria ¹ por ciertas lesiones; su renombre en todo el distrito, la concurrencia de la taberna de la plaza admirándole con entusiasmo: “¡Qué bruto es Rafael!” La mejor chica del pueblo se decidía a ser su mujer, más por miedo y respeto que por cariño; los del Ayuntamiento le halagaban dándole escopeta de guardia rural, espoleando su brutalidad para que la emplease en las elecciones; reinaba sin obstáculos en todo el término; tenía a “los otros,” los del bando caído, en un puño, hasta que, cansados éstos, se ampararon de cierto valentón que acababa de llegar también de presidio y lo colocaron frente a Rafael.

¡Cristo! El honor profesional estaba en peligro: había que mojar la oreja ² a aquel individuo que le quitaba el pan. Y como consecuencia inevitable, vino la espera al acecho, el escopetazo certero y el rematarle con la culata para que no chillase ni patalease más.

(1) su primera visita a la cárcel. (2) tenía que desembarazarse de aquel individuo.

En fin . . . ¡ cosas de hombres ! Y como final, la cárcel, donde encontró antiguos compañeros ; el juicio, en el cual todos los que antes le temían se vengaban de los miedos que habían pasado declarando contra él ; la terrible sentencia y aquellos malditos catorce meses aguardando que llegase de Madrid la muerte, que, por lo que se hacía esperar,¹ sin duda venía en carreta.

No le faltaba valor. Pensaba en Juan Portela, en el guapo Francisco Estebán, en todos aquellos esforzados paladines cuyas hazañas, relatadas en romances, había escuchado siempre con entusiasmo, y se reconocía con tanto redaño como ellos para afrontar el último trance.

Pero algunas noches saltaba del petate como disparado por oculto muelle, haciendo sonar su cadena con triste repiqueteo. Gritaba como un niño y al mismo tiempo se arrepentía, queriendo ahogar inútilmente sus gemidos. Era otro el que gritaba dentro de él ; otro al que hasta entonces no había conocido, que tenía miedo y lloriqueaba, no calmándose hasta que bebía media docena de tazas de aquel brebaje ardiente de algarrobas e higos que en la cárcel llamaban café.

Del Rafael antiguo que deseaba la muerte para terminar pronto no quedaba mas que la envoltura. El nuevo, formado dentro de aquella sepultura, pensaba con terror que ya iban transcurridos catorce meses y forzosamente estaba próximo el fin. De buena gana se conformaría a pasar otros catorce en aquella miseria.

Era receloso ; presentía que la desgracia se acercaba ; la veía en todas partes : en las caras curiosas que asomaban al ventanillo de la puerta ; en el cura de la cárcel, que ahora entraba todas las tardes, como si aquella celda infecta fuera el lugar mejor para hablar con un hombre y fumar un pitillo. ¡ Malo, malo !

(1) vista su tardanza.

Las preguntas no podían ser más inquietantes. ¿Que si era buen cristiano? Sí, padre. Respetaba a los curas, nunca les había faltado en tanto así,¹ y de la familia no había que decir: todos los suyos habían ido al monte a defender al rey legítimo,² porque así lo mandó el párroco del pueblo. Y para afirmar su cristianismo, sacaba de entre los guñapos del pecho un mazo mugriento de escapularios y medallas.

Después el cura le hablaba de Jesús, que, con ser Hijo de Dios, se había visto en situación semejante a la suya, y esta comparación entusiasmaba al pobre diablo. ¡Cuánto honor!... Pero aunque halagado por tal semejanza, deseaba que se realizase lo más tarde posible.

Llegó el día en que estalló sobre él como un trueno la terrible noticia. Lo de Madrid había terminado. Llegaba la muerte; pero a gran velocidad, por el telégrafo.

Al decirle un empleado que su mujer con la niña que había nacido estando él preso rondaba la cárcel pidiendo verle, no dudó ya. Cuando aquélla dejaba el pueblo, es que la "cosa" estaba encima.

Le hicieron pensar en el indulto, y se agarró con furia a esta última esperanza de todos los desgraciados. ¿No lo alcanzaban otros? ¿Por qué no él? Además, nada le costaba a aquella buena señora de Madrid³ librarle la vida; era asunto de echar una *firmica*.⁴

Y a todos los enterradores oficiales que por curiosidad o por deber le visitaban, abogados, curas y periodistas, les preguntaba, tembloroso y suplicante, como si ellos pudieran salvarle:

— ¿Qué les parece? ¿Echará la *firmica*?

(1) en nada. (2) Cualquiera de los distintos pretendientes, jefes del partido carlista. (3) La Reina D^a María Cristina, regente en la minoría de Alfonso XIII. (4) una firma.

Al día siguiente le llevarían a su pueblo, atado y custodiado, como una res brava que va al matadero. Ya estaba allá el verdugo con sus trastos. Y aguardando el momento de salida para verle, se pasaba las horas a la puerta de la cárcel la mujer, una mocetona morena, de labios gruesos y cejas unidas, que al mover la hueca faldamenta de zagalejos superpuestos¹ esparcía un punzante olor de establo.

Estaba como asombrada de estar allí; en su mirada boba leíase más estupefacción que dolor, y únicamente al fijarse en la criatura agarrada a su enorme pecho derramaba algunas lágrimas.

¡ Señor ! ¡ Qué vergüenza para la familia ! Ya sabía ella que aquel hombre terminaría así. ¡ Ojalá no hubiese nacido la niña !

El cura de la cárcel intentaba consolarla. Resignación : aún podía encontrar, después de viuda, un hombre que la hiciese más feliz. Esto parecía enardecerla, y hasta llegó a hablar de su primer novio, un buen chico, que se retiró por miedo a Rafael, y que ahora se acercaba a ella en el pueblo y en los campos como si quisiera decirle algo.

— No ; hombres no faltan — decía tranquilamente con un conato de sonrisa —. Pero soy muy cristiana ; y si cojo otro hombre, quiero que sea como Dios manda.

Y al notar la mirada de asombro del cura y de los empleados de la puerta, volvió a la realidad, reanudando su difícil lloro.

Al anochecer llegó la noticia. Sí que había *firmica*. Aquella señora que Rafael se imaginaba allá en Madrid con todos los esplendores y adornos que el Padre Eterno tiene en los altares, vencida por telegramas y súplicas, prolongaba la vida del sentenciado.

El indulto produjo en la cárcel un estrépito de mil

(1) sus muchas faldas una sobrepuesta en otra.

demonios, como si cada uno de los presos hubiera recibido la orden de libertad.

— Alégrate, mujer — decía en el rastrillo el cura a la mujer del indultado —. Ya no matan a tu marido : no serás viuda.

La muchacha permaneció silenciosa, como si luchara con ideas que se desarrollaban en su cerebro con torpe lentitud.

— Bueno — dijo al fin tranquilamente —. ¿Y cuándo saldrá ?

— ¡ Salir ! . . . ¿ Estás loca ? Nunca. Ya puede darse por satisfecho con salvar la vida. Irá a África, y como es joven y fuerte, aún puede ser que viva veinte años.

Por primera vez lloró la mujer con toda su alma ; pero su llanto no era de tristeza, era de desesperación, de rabia.

— Vamos, mujer — decía el cura, irritado —. Eso es tentar a Dios. Le han salvado la vida, ¿ lo entiendes ? Ya no está condenado a muerte . . . ¿ Y aún te quejas ?

Cortó su llanto de mocetona. Sus ojos brillaron con expresión de odio.

— Bueno : que no lo maten . . . me alegro. Él se salva ; pero ¿ yo qué ? . . .

Y tras larga pausa, añadió entre gemidos que estremecían su carne morena, ardorosa y de brutal perfume :

— Aquí la condenada soy yo.

GLOSARIO

A

abanico, fan, fan-shape	aislar, to separate, insulate
abogado, lawyer	alarido, wail
abrumador, crushing, over- whelming	albanil, el, mason
abrumar, to crush, overwhelm	albergar, to lodge
abuelo, grandfather	alborotar, to arouse, upset
acariciar, to caress	alcalde, el, mayor, judge
acecho, ambush	alcanzar, to reach, overtake
acequia, canal, dyke	alejar, to go away from
acera, pavement	aleta, fin
achatado, flattened	alga, seaweed
achicador, bailer	algarroba, carob bean
acometer, to attack, rush on	alguacil, el, constable
acribillar, to pierce like a sieve	alquilar, to let, hire
acudir, to hurry, hasten to- wards	alquitrán, el, liquid pitch
adentro, within; más adentro, further from land	amainar, to lower
aduanas, las, the customs	ambos, both
afeitar, to shave	amenazar, to threaten
agachar, to squat, crouch	andamio, scaffolding
agallas, las, gall (<i>coll.</i>), courage	andas, las, litter, stretcher
agarrar, to seize hold of	anonadar, to annihilate, strike motionless
agobiar, to oppress	ansiar, to desire ardently
agolparse, to jostle together	antena, lateen-yard
agredir, to attack with violence	antojarse, to appear
agrietarse, to be filled with cracks	anudar, to knot
aguantar, to bear, suffer	anzuelo, fish-hook
aguante, el, fortitude, strength	apalear, to beat (<i>con palos</i>)
agudo, narrow, sharp	aparejo, tackle
ahogar, to drown	aplastar, to flatten out
ahorro, savings	apoderarse, to take possession of
ahumado, smoky	apodo, familiar nickname
	apresar, to seize, grapple
	apretar, to press, urge, con- strict
	aprisa, swiftly

aprovechar, to take advantage
 of
 arañar, to scratch
 arboladura, masts and rigging
 argamasa, mortar, cement
 Argel, Algiers
 argolla, ring, staple
 arrancar, to wrest away from
 arranque, el, outburst, spasm
 arrastrar, to creep, drag along
 arrear, to drive
 arrebatar, to carry off
 arrebató, paroxysm of rage
 arreglar, to arrange; — las
 cuentas, to settle up ac-
 counts
 arremolinar, to eddy, gather in
 a crowd
 arriar, to lower
 arrinconado, out of the way
 arroba, weight of 25 pounds
 arrojar, to fling
 arrollar, to sweep away, roll up
 or round
 arroz, el, rice
 asador, el, spit, roasting-jack
 asomar, to peep out
 aspillera, loophole
 asustar, to frighten
 atestar, to cram full
 atizar, to poke
 atolondrar, to confound, strike
 down
 atún, el, tunny-fish
 ave, el, bird
 averiado, damaged
 avisar, to warn
 Ayuntamiento, local municipal
 council
 azorado, haphazard
 azuzar, to incite

B

baladronado, boasting
 balbucear, to stammer
 bambolear, to reel, totter

bañar, to bathe
 banasta, large basket
 barda, reed, thatch
 barnizar, varnish, glaze
 barra, beam (of tiller)
 barraca, cabin, hut
 barrer, to sweep
 barrio, suburb, quarter
 barro, clay
 bayeta, blanket
 bedel, el, beadle
 bichero, boat-hook
 bilis, el, bile
 bisabuelo, great-grandfather
 bobo, stupid
 bocanada, gust, mouthful
 bonachón, good-natured
 a borbotones, in torrents
 bordada, tack; correr —, to
 tack
 bordo, el borde, side, edge
 borrar, erase, efface
 bostezo, yawn
 botalón, el, boom
 botar, to pitch
 bóveda, arch, vault
 bracear, to beat about with
 the arms
 brebaje, el, beverage
 broza, brushwood
 bruñir, burnish, polish
 bucear, to go under water
 bullir, to boil
 bulto, bundle
 burbuja, bubble
 burlarse, to make a joke of
 burro, donkey

C

cabecear, to toss
 cabellera, tail, switch of hair
 cabriola, prancing
 cacareo, crowing
 cachorro, whelp
 cadáver, el, corpse
 cala, hold

calafatre, el, caulker
 calar, to drench
 caldera, caldero, cauldron
 caletre, el, head, wits
 callar, to be silent
 calloso, horny
 campana, bell
 campanario, bell-tower
 caña, reed
 cañal, cane or reed-plantation
 cano, grey-haired; Cano, Greybeard
 cañón, el, barrel
 cañonero, gunboat
 canturreo, low chant
 capazo, large hempen basket
 carabinero, revenue guard, exciseman
 carcamal, el, (*coll.*) decrepit old man
 cárcel, la, prison
 carencia, lack
 cariño, tenderness, affection
 carnosos, fleshy
 carreta, long thin cart
 carretero, carter
 casa, house; casita, small house; caserón, big house
 casco, hulk
 casilla, pigeonhole
 caspa, scurf
 castigar, to punish
 cebo, food
 cebolla, onion
 cédula, document of official authorisation
 ceja, eyebrow
 ceguera, blindness
 celda, cell
 celos, los, jealousy
 celosía, venetian blind
 cencerreo, jingling of bells
 ceñir, to bind around
 cerda, bristle
 cerradura, lock
 cesto, basket
 cintura, belt, waist

cobijar, to cover, shelter
 cobrizo, copper-coloured
 coche, cab, carriage; cochero, cabman; cochera, cocherón, coach-house
 cochino, swine
 coger, to take
 cola, tail
 colchoneta, quilt
 coleteo, beating of the tail
 compadecer, pity, sympathise
 conato, attempt
 concurrencia, assembly, coming together
 concha, shell
 condenado, -a, condemned criminal (man or woman)
 conforme, according as
 congestionado, apoplectic
 conseguir, to succeed in, manage to
 contraer, to contract, shrink up
 contraestre, boatswain
 convite, el, invitation, guest
 copita, small cup, drink
 corear, to repeat in chorus
 corral, el, courtyard
 corro, group
 cosecha, crop
 costado, side, ribs
 crear, to create
 crispas, to clench
 crucecita, small cross-piece
 crucero, cruiser
 crujir, to creak
 cubierta, deck
 cuenta, account; darse cuenta de, to take notice of
 cuerda, cord
 cuesta, slope
 culata, breech, butt-end

CH

chamusquear, to scorch
 chantre, el, precentor

chapuzón, el, gurgling, splash-
ing
chasco, disappointment, decep-
tion
chasquear, to cheek, deceive
chasquido, crack of a whip
chico, small; chiquillos, chi-
quitines, little ones
chillar, to scream, screech
chillón, scraping, shrill
chirriar, to creak
chispa, spark; Chispas,
sparks
chusma, rabble

D

degollar, to cut the throat of
delatar, to accuse, indicate
deletrear, to spell out
delfín, el, dolphin
depósito, warehouse
derramar, to shed
derretir, dissolve, fuse
derribar, to knock down
desahogar, to unburden
desarbolado, unmasted
desarrollar, to develop, unroll
descalzo, barefoot
descarnar, to strip of flesh
desconchadura, peeling
desdentado, toothless
desengañar, to undeceive
desfallecido, worn out
desgarrar, to rend, tear away
from
deslizar, to slip along
desmayado, weak, fainting
desmonte, el, hill (cleared of
trees)
desnudez, la, nakedness
desorientar, to lose one's bear-
ings
desprecio, contempt
destilar, to distil
dompedro, morning glory
duro, dollar

E

echar, to throw, cast; echar
rayos, to throw out sparks,
blow off steam; echar
rumbo, to set a course;
echar a pecho, to take to
heart, to perform with
energy
embadurnar, to daub
embarcación, la, ship
embarrancar, to run aground
embestir, to rush against
embetunado, bituminous, tarry
emboscado, in ambush
empalizado, palisade
empeño, earnest desire, zeal
emporcar, to make foul
empujar, to urge, push
empuñar, to grasp, grip
enagua, petticoat
enardecer, to encourage
encallar, to beach
enclavar, to nail, stick
encorvar, to bend
enfadarse, to get annoyed at
enganchar, to harness, hook on
to
engañar, to cheat
enroscar, to twist, curl
ensartar, to thread
ensuciar, to dirty
enterrador, el, grave-digger
envoltorio, bundle
envoltura, envelope, covering
erguir, to stand upright, erect
erizo, hedgehog
eructo, gurgling, belching
esbelto, graceful
escama, scale
escapulario, scapulary
escasear, to become scarce
escoger, to choose
escollera, jetty, breakwater
escopeta, musket; — de pistón,
percussion musket
escotilla, hatchway
escudriñar, to scrutinise

escupir, spit
 escurrir, to slip away
 esparcir, to scatter, spread
 abroad
 esparto, esparto grass
 espera, ancient musket
 espolear, to incite, spur on
 espolvorear, to sprinkle
 espuma, foam
 estaca, post
 estallar, to burst, explode
 estancero, rancher
 estancia, ranch
 estaño, tin
 estela, wake (of a ship)
 estrafalario, extravagant
 estremecer, to shiver, shudder
 estremecimiento, shivering,
 shuddering
 estrépito, din

F

faena, task, job
 faja, belt, band
 falda, skirt
 faldamenta, skirts
 falucho, lateener
 fardo, bale, parcel
 feria, la, fair
 fiar, to trust
 fiera, la, wild beast
 firma, signature
 flaco, thin, scraggy
 flojo, smack
 flor, la, flower blossom; a flor
 de, flush with, awash
 fogonero, stoker
 folio, book-leaf; particulars of
 a ship
 foque, el, jib
 fornido, lusty, stout
 forrar, to sheathe, case
 fosco, frowning
 fragata, el, frigate
 fregar, to scrub, mop
 fruncir, to pucker, frown

G

gancho, hook
 garganta, throat
 garrucha, pulley
 gatillo, trigger
 gato, cat; (*coll.*) booty,
 treasure
 gitano, gipsy
 gordo, fat
 gorra, cap
 gorrión, el, sparrow
 gota, drop
 a granel, in a heap
 granuja, group of urchins,
 rogues
 granujiento, pimply
 greña, long matted hair
 grieta, crevice, crack
 grueso, thick, heavy
 grumete, el, cabin-boy
 gruñir, to grunt
 guapo, gallant, sprightly,
 handsome
 guardia rural, country police-
 man; guardia civil, town
 policemen
 guiñapo, rag, tatter
 guiñar, to wink
 guiño, wink

H

hacha, axe
 hachazo, blow with an axe
 halagar, to flatter
 harapo, rag
 hebilla, buckle
 hervir, to seethe
 hierba, weed; hierbajo, long
 weeds
 hierro, iron bar
 higo, fig
 higuera, fig-tree
 hilo, strand of rope or string
 hinchado, swollen
 hocico, snout, muzzle
 hogar, el, home, hearth

hojear, to look over
 hombro, shoulder
 hombrón, huge man
 horda, mob
 hormiguero, ant-hill
 horno, oven, bakehouse; furnace for drying fruit
 horquilla, forked pole
 horripilante, hair-raising
 hueco, hollow, inflated
 huerta, garden, region of irrigated land
 hueso, bone
 huevo, egg
 hundir, to sink

I

inagotable, unquenchable
 índole, la, temper, disposition
 indulto, reprieve
 inquilino, tenant
 interés, el, profit, possession
 izar, hoist, haul up

J

jadear, to pant
 jinete, el, rider, horseman
 jornalero, labourer, workman
 judiada, usurious action
 juicio, trial
 juramento, oath

L

ladrar, to bark
 ladrido, barking
 ladrillo, brick
 ladrón, el, scoundrel
 lagartija, lizard
 lámina, sheet
 lancha (de pesca), fishing smack
 latigazo, blow with a whip
 látigo, whip
 latino, latin; vela latina, lateen sail

laúd, el, cat-boat
 lavadero, wash-house
 lesión, la, wrong, injury, wound
 liar, to tie, bind
 limpiar, to clean
 liso, smooth
 listado, striped
 listo, ready
 lobo, wolf; lobo de mar, sea-dog
 lograr, to succeed
 lomo, loin, back
 lona, canvas
 loro, lorito, parrot
 losa, flagstone

LL

lloriquear, to whimper

M

machacar, to pound, crush
 macho, mule, male
 macizo, flower-bed
 madero, beam
 madrugada, dawn
 madrugar, to get up early
 manada, flock, school of fish
 manaza, large hand
 mancha, stain
 mandíbula, jawbone
 maniobra, work
 maniobrar, to answer the helm
 manirroto, extravagant
 manojo, handful, bunch
 manoteo, beating of the hands
 mar, el, sea; (N.B. el mar libre, en el mar, etc. The masc. and fem. forms are not very clearly differentiated, but *cf.*)
 mar, la, sea, tide, flood; mar gruesa, rough sea; alta y baja mar, high and low tide
 marina, navy

marrullero, deceiving
 mascar, to chew
 mástil, el, mast
 matrícula, mariner's register
 mazo, bunch, medley
 mendrugo, crust, piece of bread
 menear, to shake
 mentira, lie
 mesar, to tear the hair
 meterse con, to be across with
 metralla, grape-shot
 misa, mass ; misa mayor, high mass
 mocetón, el, peasant youth
 mocetona, peasant girl
 mocoso, snivelling youngster
 moja (moza), girl
 monte, el, hill (usually wooded)
 montera, top, thatch
 moreno, dark, swarthy
 morralla, small fish
 mostrador, el, counter
 mote, el, nickname
 mozo, young man
 muelle, el, (1) jetty ; (2) metal or rubber spring
 mugriento, greasy, filthy

N

nácar, el, mother-of-pearl
 naipes, los, playing cards
 neblina, mist, fog
 nieto, grandson
 novato, novice
 novio, sweetheart

O

oblea, waxen seal, wafer
 ojalá, would to God (that)
 ola, wave
 oleada, huge wave
 oleaje, el, succession of waves
 oliscar, to smell, sniff
 olor, el, smell

ondear, to ripple
 orlar, to border
 oveja, sheep

P

paladín, el, champion
 paletada, scoopful
 palo, log, stick
 pantalla, cinema screen
 panza, belly
 panzudo, big-bellied
 papeleo, act of looking through papers
 parar, to stop
 parásito, sponger
 parejo, similar
 parir, to bear, give birth to
 parra, grape-vine
 párroco, parish priest
 pata, paw, foot
 patalear, to kick out
 patrón, el, captain
 pava, turkey-hen
 pechera, shirt-front, breast
 pecho, breast, breast-pocket
 pelar, to pluck
 pellejo, skin, hide
 penacho, tuft, plume
 peñasco, rock, cliff
 perdigón, el, bird-shot ; perdigones zorreros, heavier bird-shot
 perfil, el, profile, line
 perro, odious
 pescadote, el, huge fish
 pescuezo, neck
 petate, el, sleeping-mattress
 pez, el, fish
 piar, to chirrup
 picadura, cut tobacco
 pico, pick, beak
 pielroja, el, redskin
 pillar, plunder, grasp
 pillete, el, little rogue, urchin
 pillo, rogue
 piso, storey, floor

de pistón, with percussion cap ;
 poner el pistón, to put it on
 pitillo, cigarette
 plantado, planted, placed ;
 mejor plantado, in the best
 financial position
 playa, beach
 plaza, square ; plaza de toros,
 bull-ring
 plegar, to pleat, reef
 a plomo, directly above, in a
 plumb line
 polizonte, el, (*coll.*) policeman,
 detective
 pollo, chicken
 pontón, el, hulk
 posta, mould-shot
 presa, capture
 presidio, convict prison ; im-
 prisonment
 prole, el, offspring
 prorrumpir, to burst out
 puchero, cooking-pot, stew
 pudrir, to rot
 pueblo, small country town
 or village and district im-
 mediately around ; common
 people
 puerto, port ; puertecillo, little
 port
 punta, cape, headland
 puñado, handful, fistful

Q

quejarse, to complain
 quejido, complaint, moan
 quemar, to burn
 quiebra, crack, defect
 quilla, keel
 Quinta, manor-house and
 grounds

R

rabo, tail
 ráfaga, gust

rana, frog
 rancho, food, diet
 rapar, to shave, cut close
 rapina, rape, plundering
 rastrillo, porch, (*lit.*) portcullis
 rastro, trace
 reanudar, to resume
 rebañar, arrebañar, to scrape
 out
 rebato, alarm-bell
 reblandecer, to soften
 receloso, suspicious, distrustful
 red, la, net
 redaño, (*coll.*) courage, (*lit.*)
 caul
 redondo, round
 regar, to water, irrigate
 regatear, to bargain
 regocijo, enjoyment
 regodear, to delight in
 reguero, furrow
 reja, grill (of iron bars)
 remojar, to drench, steep
 remojón, el, drenching, duck-
 ing
 remolcar, to tow ; a remolque,
 in tow
 remolino, whirlpool
 rendija, crevice, crack
 repiqueteo, jingling of bells
 de repuesto, extra
 res, la, head of cattle, beast
 resbalar, to slip, glide along
 resguardar, to protest
 retrasar, to be behindhand
 reuma, rheumatism
 reventar, to burst
 revolcar, to wallow
 revoltijo, medley, mass
 rezar, to pray
 ribazo, sloping bank, hillock
 riego, irrigation
 rina, quarrel
 riñones, los, kidneys, loins
 rizar, curl, crimple
 rocín, el, hack, jade
 rocío, dew, spray

rodar, to roll along, toss about
 roído, from roer, to gnaw,
 corrode
 rojo, red; soldado rojo, red-
 coat
 rollo, roll; Medio Rollo, half
 a loaf
 romance, el, ballad
 ronco, hoarse
 rovel, el, small Mediterranean
 fish used for bait
 rozamiento, rubbing, wash of
 the waves
 rozar, to sweep, rub
 rugir, to roar, bellow
 rumbo, pomp, ostentation;
 ¡eche V. rumbo!, what an
 ostentation!, what a dis-
 play!

S

sábana, sheet
 sacudir, to shake off
 salitroso, salty
 salpicadura, splash
 sandía, water-melon
 sapo, toad
 sarta, string (of beads, etc.)
 sartén, la, frying-pan
 en seco, high and dry
 sedoso, silky
 segador, el, mower
 segar, to mow, cut
 sembrar, to sow
 senda, path
 serviola, cathead, anchor-
 beam
 sienes, las, temples
 silbar, to whistle
 silbón, el, whistling, hiss
 socarrón, el, sly, cunning rogue
 socorrer, to help
 sombrilla, parasol
 sonrosado, rosy, pink
 soñar con, to dream of
 sorber, to swallow, sip

subasta, auction sale
 suelto, alone
 sumir, to sink, overwhelm
 surco, furrow

T

tabacalera, tobacco-trade
 tabla, plank
 taco, plug, wad
 tal, such; tal vez, perhaps
 talar, to desolate
 tapar, to cover
 tapia, earth wall or fence
 taza, cup
 techumbre, la, roof (high roof)
 tejado, tiled roof
 temblón, quavering
 temporal, el, tempest, storm
 tentar, to touch, feel with the
 fingers
 teñir, to dye, stain
 terciopelo, velvet
 término, district
 tiburón, el, shark
 a tientas, gropingly
 timón, el, tiller, helm
 timonel, el, helmsman
 tiro, shot; a tiro, within reach
 tirón, el, tug, pull
 tobillo, ankle
 toldo, awning
 tomar fuerzas, to keep up his
 strength
 tormenta, storm, hurricane
 tortilla, omelette
 tostado, toasted, brown
 tozudo, stubborn, obstinate
 trabuco, blunderbuss
 tragar, to swallow
 trago, drink, draught
 tralla, lash
 trapo, the sails
 trastos, los, implements
 travieso, wayward
 tripulantes, los, crew
 tripular, to man (a boat)

tumbo, fall, somersault
turno, turn

U

ubre, la, udder
unido, joined, thick-set

V

vaho, vapour, smell
valentón, el, bully, braggart
vara, to ground
varal, el, side-pole
vega, meadow
vejestorio, shrivelled old man
vejete, el, old man
vela, sail
velero, swift
velloso, hairy
vendanal, el, storm-wind
ventanal, el, window
ventrudo, big-bellied

veraneante, el, summer-dweller

veranear, to pass the summer

veraneo, summer season

verdugo, hangman

vértice, el, top

vetear, to grain

vientre, el, belly, womb

virada, turn, tack

virar, to veer, turn

vista, sight, eyesight

vivienda, dwelling-house

voltereta, somersault

Z

zagalejo, underskirt

zanja, furrow, ditch

zapato, slipper, shoe

zarandear, to shake, winnow

zorrero, slow, heavy, cunning,
sly

zozobrar, to founder

zumo, juice





